





LEOPOLDO DÍAZ

Traducciones



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1897

Al señor teniente general don Julio A. Roca.

Homenaje de gratitud y de alta consideración.

EL TRADUCTOR.

LECONTE DE LISLE

Paris, 19 mars, 1889.

Monsieur Leopoldo Diaz.

Buenos Aires.

Monsieur et cher Confrère,

Je vous remercie bien vivement de m'avoir fait l'honneur de traduire Le Corbeau *dans votre belle langue si riche et si sonore. Je regrette de la savoir trop imparfaitement pour apprécier, comme il conviendrait, tout le mérite littéraire de votre traduction, mais je puis du moins en reconnaître la fidélité et l'exactitude.*

Agréez, je vous prie, Monsieur et cher Confrère, avec l'expression de ma gratitude, l'assurance de mes meilleurs sentiments.

LECONTE DE LISLE.

EL CUERVO

A Mariano de Vedia.

El viejo Abad Serapio de Arsinoe,
Prior de once monasterios, sometido
De su orden á las prácticas severas,
Bajo Valentiniano, rey de Oriente,
Paseábase una tarde, melancólico,
Por las obscuras bóvedas del claustro.
Ya el sol partido había ; tenues sombras
Se alzaban del desierto en los confines ;
Los astros parpadeaban en el cielo,
Y del fondo de agrestes soledades,
Rugidos de león, breves y rudos,
En torno al monasterio interrumpían

El profundo silencio de la noche.

El viejo Abad Serapio, lentamente,
Marchaba, meditando en el Edicto
Imperial, que á los siervos de la iglesia
Alistarse mandaba en numerosas
Legiones, que á batir fuesen los Godos.
Que ya en aquellos tiempos abundaban
Los que buscando la quietud, querían
Olvidarse del siglo y á Dios sólo
La flajelada mente alzar contritos.
El terror dominaba en los conventos ;
Y los monjes, con rígidos ayunos,
Invocando á Jesús se atormentaban.
El Abad en todo ello, meditando
Lleno de angustia, fervoroso exclama
Con los brazos en alto : — ¡ Dios me asista !
Y al alejarse entristecido y mudo,
Baja la frente, entre la sombra escucha
Un ronco, extraño acento que le dice :
— ¡ Venerable señor, compadecedme !
Y el viejo Abad se signa, por el diablo
Tomando al que le hablaba entre la sombra.
La voz siniestra sigue : — Ópimos tiempos
Hé visto y contemplé magnos festines !

Mas hoy el hambre me atormenta ;
No os extrañe, señor, si os aseguro
Que cuando Abraham nació, yo era ya viejo...

— En nombre de Jesús, demonio ó ángel,
Quien quiera que tú seas, y que me hablas,
El Abad dijo: ¡ ven ! — Señor, repuso
El otro : ¡ vedme aquí ! Y al mismo instante,
Sobre la balaustrada, horrible en formas,
Delante de Serapio estremecido,
Cayó un pájaro enorme, el ala abierta,
Cuyos brillantes ojos centelleaban.
Vió el Abad asombrado que era un cuervo
De una especie gigante, extraordinaria.
La edad, su córneo pico había encorvado,
Y su cuerpo sin plumas, parecía
Consumido del hambre en los extremos.
Aunque la fe del monje era robusta,
Místico muro, espiritual baluarte,
Esa extraña visión teniendo al lado,
Temblaba á su pesar, de espanto lleno ;
Y los ojos del cuervo en las tinieblas
Centelleaban con lívidos fulgores,
Mientras sus alas fúnebres movía.

Serapio dijo : — Si Satán te nombras,
Perro, demonio, réprobo, maldito,
¡ Parte ! ¡ yo en nombre de Jesús te arrojo !
¡ Vuelve á caer en las eternas llamas !
Y esto diciendo, persignóse el monje.
— Yo no soy el que crees, Abad santo,
Dijo el pájaro negro, en són de burla ;
Pierdes el tiempo, pues, en maldecirme.
Nací cuervo, señor, cual soy ahora,
Pero hace muchos siglos que he nacido.
El hambre me devora, y si eres bueno,
Dame un poco de carne, gorda ó flaca.
En cambio, monje amigo, te prometo
Un remedio al dolor que te atormenta.
— Impídenme tocar mis santas leyes,
De los lobos, los cuervos y las águilas,
El brutal alimento, dijo el monje.
Ve á roer, si la carne te complace,
Sobre los negros campos de batalla.
Para tu hambre calmar y tu fatiga,
De negro pan te ofreceré un mendrugo.
— Sea, el cuervo exclamó, que venga al punto ;
Toda vianda sabrosa es, la mendigo,
Que un largo ayuno de tres siglos sufro.
— Vamos, dijo el Abad, hasta mi celda. —

Y el otro, por los negros corredores,
Fué á Serapio siguiendo presuroso.

Cuando el pobre festín hubo acabado,
Sacudió el Cuervo, como un haz de flechas,
Las plumas de su lomo enflaquecido,
Y cerrando los ojos, olvidarse
Del monje pareció, que lo observaba.
Este, cruzó los brazos sobre el pecho
Murmurando : Jesús, las emboscadas
Deshace, que á mi honor el Diablo tiende !
Ángeles santos, reveladme al punto,
¿ Qué es lo que anhela el pájaro antiquísimo ?
Un huésped más extraño nunca, nunca,
Recibió algún mortal : Señor, salvadme !
Y, mientras tanto que el Abad murmura,
Súbito, el cuervo dice con voz fuerte :
— No estoy dormido como habéis pensado,
Venerable Rabí ; sondeo al tiempo,
De qué fueron las almas preguntando :
Pues conocí en otrora los profetas,
Que también lo ignoraban.
— No blasfemes
Porque el infierno puede consumirte !
Dijo el monje ; ¿importarte puede acaso,

A tí, vil carne, podredumbre inerte,
Que volverás bien pronto á lo que fuiste,
Al seno de la gran naturaleza,
Con la arcilla, la lluvia, el agua, el viento,
Vana sombra á los ojos del Dios vivo ;
A tí que hoy eres fango y serás polvo,
El reino de los Santos en la altura ?
El león, el asno, el águila y el perro,
Dí ¿qué es todo esto ante la muerte ? Nada !
— Señor, el Cuervo dijo, hablais como hombre
Que espera despertar del postrer sueño ;
Mas yo Reyes he visto, y ví naciones,
Que en la obscura morada permanecen.
De ellos, señor, bastantes he comido,
Cuerpo y alma á la vez, de un solo golpe.
— Pagano vil, el viejo Abad repuso,
Cuando el cuerpo ha caído, el alma pura,
Sube al cielo con álas invisibles,
Como blancas palomas, los espíritus
Giran al sol eterno en los espacios !
En verdad, te lo digo.
—Yo lo dudo,
El Cuervo murmuró, mas, en fin, sea !
Si lo que aseguráis es tan notorio :
¿ Quereis oirme por un breve instante ?

La absolución también yo necesito.
— Escucho, dijo el monje. El que se humilla,
Es digno de perdón, su culpa lava,
Y estremece á los ángeles de gozo!

—Desde el principio, mi relato empiezo:
Era el tiempo, señor, en que las aguas
Cubrieron los confines de la tierra,
Y hasta la cima de los altos montes
Llegaron de su limo las espumas;
De reyes y de imperios fenecidos,
Era el último día. Si eran buenos,
Ó malos, no lo sé. Buenos ó malos,
Poco nos interesan si están muertos.
—Que eran perversos lo probó el Diluvio,
Repuso el monje, y era un mundo impío
Aquel en que las lúbricas mujeres
Sedujeron los ángeles.
—No hay duda
Que así fué, dijo el pájaro; prosigo:
Sobre el antiguo mundo anonadado,
Flotaba leve el arca gigantesca,
Y el oceano sin fin, sobre sus ondas,
Como ligera cuna la mecía.
Inmóvil en la sombra yo esperaba,

Del Arca en un rincón, el descenlace.
Un día, los torrentes agotados,
Cesaron de llover, lució en el éter
El sol brillante; descendió el abismo:
Véte! dijo el Patriarca, y en la cumbre
De una montaña, al Universo anuncia
El perdón de Jehová. Tendí mi vuelo
Acariciando líquidas llanuras,
É ignoro de aquella época hasta ahora,
Lo que al negro bajel ha sucedido.
—Fué aquella, mala acción, díjole el monje.
—Es que, señor, el Cuervo le repuso,
Me agradaba viajar por donde quiera,
Y el aire libre á la prisión prefiero.
Verdes cimas, Rabí, contemplé entonces,
De algas cubiertas, por el sol heridas;
Y en altísimo cedro fuí á posarme
Para tender mi vista en los espacios.
Tres largos días con sus largas noches
Allí permanecí; del sol la lumbre
Mostróme el mar, que del profundo abismo
El universo renacer dejaba,
Pero aun vacío, envuelto en las espumas,
Y erizado de lúgubres escombros.
Al pié de la montaña inaccesible,

Una enorme ciudad de rojos muros
Que construyeron las antiguas razas,
Dormitaba entre fétidos vapores.
Arrancados de cuajo por las olas,
Murallas y palacios confundidos,
Como negros follajes, los despojos
Del oceano mostraban por doquiera,
En largas espirales enlazando
Rotas columnas y derruidos techos,
Y de los Reyes, hijos de los Ángeles,
Los gigantes cadáveres cubriendo
Entre su manto de espumosos limos.
De ellos, dos contemplé, señor Abad,
A un trono unidos por cadenas de oro:
Un hombre de ancha frente, alta estatura,
Que con nervudos brazos estrechaba
A una hermosa mujer, contra su seno,
En cuya helada y entreabierta boca,
El gozo de morir resplandecía;
Él, firme la cerviz ante la muerte,
Domado y no vencido, aun conservando
Con su beldad, su orgullo y su fiereza.
En torno á la ciudad, bajo la lumbre
Del sol siniestro, lago silencioso
Dilataba sus fúnebres orillas,

Donde inertes, inmundos animales,
Sus contornos mostraban entre el cieno.
Osos, grandes lagartos, elefantes
Inmensos, sobre el fango corrompido,
Águilas gigantescas, fatigadas
De vagar por las nubes, que las cimas
De las rudas montañas no encontraron,
Toros abriendo las enormes fauces,
Leviatanes rendidos por las olas,
De la tierra, los viejos pobladores,
Llenaban todos, el pantano inmundo,
Y de vapores cálidos los vientos.
Y como sé que pasto de los vivos,
Los muertos son, Abad, por muchos años
Habité allí, contento de la suerte,
Y del trabajo de la mar; que á todos,
Hombre ó cuervo, comer es agradable,
Si extremado apetito nos acosa.

Muchos soles, después, en mi morada,
Se deslizaron para mí tranquilos,
Cuando una tarde ví desde la cima
Del árbol secular, hacia el Oriente
Por insólitas llamas inflamado,
Poderoso fantasma, que en las nubes,

Llevaba el torbellino entre su seno.
Sus álas agitábanse en los aires,
Sus cabellos brillaban en la sombra,
Y extendidos los brazos, aventaba
Los fétidos vapores sobre el mundo.
Al límpido fulgor de sus miradas,
El impuro pantano despedía
Bajo dosel de flores, tibio aliento;
Cual rojos pebeteros, humëaban
Los montes, cuyos flancos de granito
En hinchados torrentes por los valles,
Las saladas espumas convirtieron.
Giró el espacio, ante mi vista, entonces,
Santo Abad, y caí desde la altura,
Al pie del cedro, cual despojo inerte.
¿Cuánto tiempo duró mi largo sueño?
Cuando me desperté de aquel letargo
Después de algunos siglos, fué á la sombra
Negra y sin fin de las calladas selvas.
Todo desapareció: diseminada
En leve polvo la ciudad gigante,
Sobre la fina hierba de los campos,
Recorrí los follajes florecidos,
Viendo que el hombre conquistado había
De nuevo el Universo Hondos clamores

Sentí del horizonte en los confines;
Del Norte al Sud, del Este al Occidente
Ebrios de sangre y respirando enojos,
Los pueblos con los puèblos combatían.
Nudosas masas, con feroz empuje,
Aplastaban la frente á los guerreros;
Las mujeres, los niños, los ancianos,
Sangrando entre el montón de la pelea;
Todo, todo, probaba que el diluvio,
Al mundo renaciente transformara!
Doquiera los cadáveres tendidos,
Presa vil de los buitres, de las águilas,
Y de los cuervos, bajo el sol radiante,
Perfumes exhalaban ofreciendo
Como grande holocausto á nuevos Dioses!
—No te burles, aborto del Infierno!
Dijo el monje. Tan sólo has contemplado
Bajo el prisma del mal, el universo,
Y del diablo, á través de las pupilas,
La pobre humanidad tan sólo viste:
Oh! mónstruo inexorable! No te burles!
—Ay! señor, perdonad, mas pienso ahora,
Que siempre el hombre tuvo sed de sangre,
Cual su carne ambiciono, viva ó muerta.
En idénticos rumbos nos empujan

A los dos, los afanes del destino.
Nada puede allí el diablo, y Dios tampoco ;
Las cosas de la muerte ó de la vida,
Yo las estimo por igual, lo juro.
Si en mi sinceridad pude reirme,
Me he reído, señor, con inocencia.
— Jesús, Rey de los ángeles, Maestro,
Sellad los labios del traidor, os pido,
Que sin cesar blasfema ! dijo el Monje.
— Así, no os irriteis, Abad piadoso:
Ved que materia vil, no tengo espíritu,
É indigno soy de elogio y de censura,
Y que si hoy enmudezco, cien mil monjes
A los combates llevareis mañana.
Fuertes guerreros, en verdad, serían,
Que una sangre bendita derramando,
Volarán sin obstáculos al cielo !
Cosa que es, según vos, ineludible.
— Sigue ! dijo Serapio ; Dios dispone
Para expiar mis pecados, que te atienda ;
Habla, pues, y prosigue sin tardanza,
Porque el tiempo se pierde al escucharte.

— En tanto deslizábanse los días ;
Yo avanzaba en edad y en fortaleza,

Ebrio siempre de sangre cual otrora,
En que sobre las líquidas llanuras
La luz resplandeció de la mañana.
Crecer, vivir, morir, miré á los hombres,
Y pasar como sueños impalpables,
Que del cielo la ráfaga insensible
Arrojase al olvido silencioso;
Germinaban las selvas y en el fango
Los seculares troncos carcomidos,
Retoñaban después, dejando apenas,
Áridas rocas donde ví el rocío
Bajo la fresca sombra columpiarse.
Las ciudades de pórfido construidas
Ante mis ojos, rápidas se hundieron;
El huracán las aventó en la noche,
Sepultando en la nada su memoria
Con sus lenguas antiguas, que grabadas
En páginas graníticas, pasaron.
En fin, señor Abad, misterïoso
Germen, de siglo en siglo aprisionado,
Los Dioses ví nacer — y aquellos Dioses,
Los ví también morir! En donde quiera,
Los mares, las montañas, las llanuras,
Por millares, los Dioses producían;
Armados unos con la espada, y otros,

Armados del relámpago brillante,
Jóvenes, viejos, crueles, bondadosos,
Bellos, deformes, de marfil y mármol,
Adorados, temidos é inmortales!
Ví al tiempo sus altares demoliendo,
El odio palpitar entre sus fiestas,
El mundo sus profetas degollando,
Y la burlona risa, tan amarga
Como la muerte, en el común abismo,
Ví que en tropel á todos sumergía;
Y miré nuevos Dioses y hombres nuevos
Alzarse de sus fúnebres despojos.

Yo viví, el espantoso torbellino,
Con mis salvajes alas disipando,
Feliz, sin amarguras ni dolores,
Al hedor de la sangre sólo atento.
Viví! bajo del cielo y sobre el mundo,
Agonizaba todo, y yo vivía!
Yo viví, recorriendo sin reposo
De las cimas del Cáucaso al Carmelo,
Al banquete inmutable convidado,
Diciendo: todo muere, porque viva!
Y yo viví! Oh! Abad! Hermosos siglos
Llenos de convulsiones y batallas,

Para mi dicha fueron. ¡ Quién pensara
Que mi mejor festín, adverso el hado,
Interrumpiese súbito y de entonces
Los senderos del hambre recorriera !
Sea maldito aquel día, entre los días
Pasados y futuros, para siempre !
Maldito, en sus mañanas y en sus tardes,
En su luz y en su sombra ! Sí, malditos
Todos los hombres cuyos ojos vieron
Aquel lúgubre sol en el oriente
Y en el ocaso ! Sí, malditos sean !
Que nada, de ellos quede, nada !... nada !
Y que jamás olvide la memoria,
Su recuerdo, cien veces maldecido!

Terminado su fúnebre anatema,
Dicho trágicamente, furibundo,
Calló un instante y erizó sus plumas,
El Cuervo, en actitud desesperante.
—El justo brazo del Señor te ha herido,
Dijo el monje, vengando así tus víctimas,
Odioso Cuervo, al flagelar tus crímenes!
— Rabi, repuso el Cuervo, me parece
Que el hecho y no el designio se condena.
Cosa inícua, en verdad, fué mi castigo

Que todo lo ignoraba, obedeciendo
A mis instintos, sin rencor alguno.
— Acaba ! dijo el monje: ya los astros
Se inclinan y las sombras se recogen.
—Siguió el Pájaro negro, estremecido :
Bajo el reinado de Tiberio, un día,
Olfateando mi presa acostumbrada,
En torno á las ciudades de Iduméa
El huracán llevóme presuroso.
Recuerdo que era viérnes, por la tarde,
Cuando ví, suspendidos en la cumbre
De árido Monte á tres crucificados.
—Misericordia ! dijo el monje trémulo:
Era Jesús entre los dos ladrones !
— La colina se alzaba silenciosa ;
Rojiza nube bajo el sol poniente,
En la inmóvil atmósfera abrasada
Semejaba la piedra de una tumba.
Dos de los condenados, en la cima,
Retorciéndose lívidos gritaban
Por su ronco estertor interrumpidos.
Mas el tercero, herido en un costado,
Suspendido á tres clavos, por agudas
Espinas coronado, reposaba
De la agonía en el postrer instante,

Yertos los brazos, flojas las rodillas.
Era joven y hermoso, y su cabeza
De dorados cabellos, apacible,
Sobre el hombro inclinando se dormía,
Y con sonrisa cándida, sin duelo,
Sin penas, sin orgullo, semejaba
Gozarse en el oprobio y en la muerte.
No era aquel, en verdad, tan sólo un hombre,
Pues de su cabellera y de sus formas
Irradiaban fulgores por los aires,
Con colores de ópalo bañando
El cadáver, tan gélido y tan mudo;
Y yo lo contemplaba, porque nunca
Otro igual, de los reyes en sus tronos,
Ó de los Dioses, en sus templos viera.
— ¡Jesús! el Abad dijo — levantando
Las enlazadas manos — pura fuente
De gracias infinitas, de Dios Verbo,
Sol de verdad del místico seguro,
Y verdadero Redentor sublime,
Que apuraste la hiel y con la sangre
De tus santas heridas, el pecado
Primero de los hombres redimiste!
Era ¡oh Cristo! ¡tu cuerpo! ¡eran tus llagas!
Tu cuerpo era, Jesús, el suspendido

En el arbol infame cuyo fruto
La vida al Universo restituye !
Gloria á tí, mi Señor, en las edades,
Gloria en la eternidad, en lo remoto,
Gloria á tí, que eres fuerza, luz y vida !
— Amén ! exclamó el Cuervo. Francamente,
Hablais muy bien, Rabí, mas ignorando
Todo lo que decís, levanté el vuelo,
Del hambre á los impulsos...
— Maldecido !
Gritó el Abad con cólera y espanto
Y con horror profundo, basta ! basta !
Osaste, pues, al fin, bestia sacrílega,
Su carne profanar ? Cómo pudiera
Expiar con mis sollozos y mi sangre,
El crimen de escuchar tu atroz injuria !
Vil comilón de muertos, que has osado
Sobre la eterna Cruz en hora triste,
Un instante posar tu garra inmunda !
Profanación horrible ! En el infierno
Habrá llamas que truequen en cenizas
Á este cuervo voraz ?
— Tranquilizaos,
Dijo el Pájaro negro, y escuchadme
Con paciencia, señor, que ya concluyo.

Dirijíme á la cruz; y esto fué todo.
Un espectro radiante, parecido
Á ese gran Angel que en la edad primera
Del fango, al mundo levantado había,
Y cuya viva luz postróme inerte,
Cobijó con su diestra fulgurante
Al muerto Dios; y con solemne acento
Que imagino escuchar, díjome entonces:
— Si el Divino Cordero lograr pudo
Tu apetito excitar sobre la tumba,
Supremo ultraje, sin igual oprobio,
Más que la hiel amargos; pues que tu obra
Todo intentó concluir, bestia insaciable:
Á no comer tres siglos, te condeno!
Y su soplo llevóme, como lleva
La hoja seca, el airado torbellino,
Y el cuerpo ensangrentado, el ala herida,
Lanzóme desde el Gólgotha á Samaria.
—En verdad, que aquel Angel, dijo el Monje
Fué contigo clemente y bondadoso.
— Suplicio extraño aquel, os lo aseguro,
De vivir de la muerte! Cuando el hambre
Tenaz nos roe, sin piedad, sin término,
Errar, sin detenerse en los festines,
Y aumentando las bárbaras torturas,

Sobre mil presas divagar en torno!
Desde entonces, señor, nada he comido;
Mordió en vano mi pico encarnizado
Al hombre vuelto roca, y en el bosque,
Al dulce fruto, convertido en piedra;
Y siempre hambriento y acechando siempre
Una presa imposible, fuí sin rumbo,
Flaco, viejo, abatido, miserable!
— El castigo fué bueno, con voz ruda,
Dijo el Monje irritado. Desde el día
Del diluvio, devoras sin reposo,
Y qué! no puedes ayunar tres siglos?
— Si una antigua costumbre se abandona,
Dura la prueba hallamos, dijo el Cuervo;
Una semana que ayuneis, me basta,
Y vereis donde van vuestras razones;
Que vos, en mi lugar, tal vez pudiérais
Devorar mi festín de tres mil años!
Pero, señor Serapio, á vos os plugo
Que en el instante mi expiación termine.
Si es duro vuestro pan, secos los higos,
El Danubio, repleto de cadáveres,
Condujo ayer al mar, á los Romanos,
Las olas con su sangre enrojeciendo.
Vivid en la oración que reconforta;

Un rey Godo, á los golpes de su espada,
Mató á Valentiniano y al Edicto.
Absolvedme, señor en mi partida!
Quiero ver al Danubio y á sus huéspedes.
Me habéis oido y conoceis mis faltas:
Absolvedme, señor, para que logre
Del guerrero festín tener mi parte.
Pueda beber la sangre de los bravos,
Y renazca otra vez, fiero y robusto,
Como en mi juventud!
— Dios de la altura,
El Abad dijo, concededle ahora,
El eternal reposo! —
Batió el Cuervo
Sus alas moribundas, y de pronto
Desplomóse en las losas monacales.

EL DESIERTO 2°

A Enrique de Vedia.

Cuando el Beduino, que de Horeb vá á Siria,
Su caballo ata al pie del datilero,
Y allí, bajo la sombra polvorienta,
En su burdo sayal reposa envuelto:
¿ Sueña, una tregua dando á las fatigas,
Con el lejano oásis, donde vieron
Sus ojos madurar los dulces higos,
Y de su tribu con el valle estrecho,
Y con la fuente en que templó sus labios,
Y con los bueyes, cuando van mugiendo,
Y junto á las cisternas platicando
Las mujeres, ó bien los camelleros
Sobre la arena en círculo sentados,
Al fulgor de la luna departiendo ?

No... Más veloz que el curso de las horas,
Su alma vuela al país de los ensueños,
Y piensa que Alborak, corcel glorioso,
Le lleva á hendir los ámbitos excelsos;
Tiembla y cree ver, en las ardientes noches,
Las hijas del Djennet darle sus férvidos
Encantos voluptuosos — y el perfume
Acre y sensual que exhalan sus cabellos —
Sus cabellos obscuros cual la noche —
En él despiertan lúbricos deseos!
Mas, el chacal aulló sobre la duna;
Su caballo, al piafar, turba su sueño:
Sus quimeras disípanse; tan sólo
Le circundan la llama y el silencio,
Y, sobre la llanura interminable,
Extiéndese, cobrizo, el vasto cielo.

2

EL SUEÑO DEL JAGUAR

Á Lúcas Ayarragaray.

Bajo los negros árboles del bosque
Se entrelazan las lianas florecidas;
En el aire pesados los insectos
Van y vienen, y en curvas infinitas
Se columpian los pájaros brillantes,
Los monos, las arañas amarillas.
Es allí que, siniestro y fatigado,
Entre los viejos troncos de marchitas
Y musgosas cortezas, lentamente,
El cazador de bestias se aproxima,
Frotando sus riñones musculosos
Con su elástica cola, y las mandíbulas
Entreabiertas, sedientas, arrojando
Ronco y breve resuello. Sorprendidas

Huyen las alimañas, los lagartos
Cuyas escamas en la yerba brillan,
Y los reptiles que en la espesa fronda
Se calientan al sol del mediodía.
  En un sitio del bosque donde nunca
Penetra el rojo sol, allí reclina
El jaguar su cabeza en una roca ;
Pasa el áspera lengua humedecida
Por sus potentes manos ; luego entorna
Sus ojos soñolientos y dormita.
En la ilusión de sus inertes fuerzas,
Hace mover su cola estremecida
Batiéndose los flancos ; después sueña
Que en medio de las verdes y escondidas
Florestas mudas, las filosas garras,
Con sorprendente rapidez felina
Hunde en la carne de los recios toros,
Que mugiendo, en tropel se precipitan.

1º

EL SUEÑO DEL CÓNDOR

A Julio Piquet.

Más allá de las rígidas pendientes,
Más allá de las rudas cordilleras,
Más allá de las brumas conocidas
Por las águilas negras,
Más alto que las cumbres horadadas
En espirales tétricas
Do el flujo hierve de las ígneas lavas,
Con la flotante plumazón revuelta
El gran pájaro lleno de sombría
Taciturna indolencia,
El espacio infinito, el sol que muere,
Con sus ojos impávidos contempla.
Sobre salvajes pampas que se extienden

De los montes al pié, la noche rueda ;
Adormece de Chile las ciudades,
Y el Pacífico mar y las riberas,
Y el divino horizonte y el callado
Continente, y por todo se pasea :
Del llano á la colina y desde el valle
Á la garganta oculta en la ladera,
Crece, de cima en cima, el torbellino
Con sorda agitación de alta marea.
Como un espectro en el peñón erguido,
Entre vagos fulgores, él espera
Sobre la nieve que sangrar parece,
Al mar siniestro que tenaz le acecha.
Y el mar sube por fin y le circunda ;
La Cruz Austral, en tanto, centellea
Del cielo en los abismos constelados.
De dicha él grazna, su plumaje tiembla,
Yergue el cuello pelado y musculoso,
Atrás la nieve de los Andes queda,
Con ronco grito sube,
Sube tan alto, que ni el viento encuentra
Y, distante del mundo y de la vida,
Distante de la tierra,
Duérmese el cóndor en el aire helado
Con sus alas inmóviles abiertas.

EL OÁSIS

A Marco Avellaneda.

Detrás de las estériles pendientes
De Kobbé, se hunde el sol enrojecido;
Los buitres en bandada numerosa
Parecen perseguirlo
Por un cielo franjeado
De celajes cobrizos;
Y, fulgores lejanos, hacia el Este,
Muestran aún flotantes los vestigios
De una túnica de oro. Salpicado
De rocas, tiende el Senaar rojizo
Manto inmenso de arena, entre vapores,
Hasta el pie de los montes Abysinios.
Cae la noche. Las hienas sacudiendo
El pelo de su lomo enflaquecido,

Deslízanse lanzando
De trecho en trecho gutural aullido.
Arrastra el hipopótamo su vientre
Por la margen del Nilo,
Aplastando los juncos de la orilla,
Tosco, deforme y destilando limo.
Los chacales, en grupo,
Beben en los pantanos corrompidos
De amarguísimas aguas; con pausado
Rumor un acre viento, húmedo y tibio,
Llega de Nubia y el palmar agita
En donde el ibis fabricó su nido.
Oh Rey del Senaar, tu hora ha llegado,
Oh jefe, tu hora vino!
Y el sol al sepultarse oirá tu breve
Cavernoso rugido.
Bajo la roca, tus potentes garras
Afilas contra el muro de granito;
Arqueando tus riñones, te adelantas,
La luenga crin revuelta, y los fornidos
Miembros por el reposo fatigados,
Aspiras del desierto el aire líbico
Y alta la frente el horizonte observas
Con ademán severo y pensativo,
Dando al espacio el sordo

Clamor de tu rugido.
La sombra densa del cercano oásis
Muestra la luna desde un cielo lívido :
Y allí, los hombres del Darfour cansados
De sus bueyes la marcha han detenido,
Cerca de la cisterna en cuyas aguas
Brilla un rayo de luna blanquecino ;
Hablan los unos del retorno, comen
La frugal cena de maíz y mijo,
Y se duermen después ; los mansos bueyes
En las toscas arenas extendidos,
Lentamente rumiando se adormecen.
La vacilante hoguera se ha extinguido.
¡ Á tí, león, la carne de los bueyes,
Y la carne de todos los dormidos !
Se ensancha tu nariz, bate tu vientre,
Tu larga crin eriza el hambre mismo,
Y te hundes en la sombra
Rápido y ágil, con nerviosos brincos.

LA TRISTEZA DEL DIABLO

15/

A Joaquín V. González.

Silencioso, mordiéndose los puños,
Por sus fúnebres alas cobijado,
En pico abrupto que la nieve ciñe
Detúvose una noche el Fulminado.

Prolongaba la tierra, inmensa y triste,
Los continentes que la mar azota;
Fúlgido arriba centelleaba el cielo
Y él contemplaba la tiniebla ignota.

Allí, clavados los sangrientos ojos
En el antro de humanas tempestades—

Hormiguero febril de hombres y bestias
Que rápidas sepultan las edades—

Oyó ascender los pérfidos hosannas,
El canto de los reyes, los clamores
De los pueblos en cruz, y del incendio,
Lejanos y profundos estertores.

El lúgubre concierto de los males,
Antiguo como el mundo, y más ardiente,
Y más encarnizado que sus odios,
Cruzó del inmortal bajo la frente.

Evocando sus glorias fugitivas
Abismóse en los tiempos insondables;
Y al medir el horror de su destino
Temblaron sus entrañas formidables.

Y los brazos torciendo enfurecido
El soñador, la víctima primera,
Gritó por el espacio sin medida
Do el turbión de los soles reverbera:

—Van los días monótomos cayendo
En la honda eternidad de mi amargura:

Fuerza, orgullo, combates, desencantos,
Sólo aumentan mi tedio y desventura.

Si el odio y el amor me traicionaron,
Si lágrimas, á mares, he bebido,
Aniquiladme, oh mundos! ¡ Que yo sea
En el sagrado sueño sumergido!

Y las razas malditas, las felices,
Del resonante espacio en el desierto,
Sabrán también que el Orbe ha terminado
Cuando ruja una voz: ¡ Satán ha muerto!

2º

LOS ELFOS

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

Del bosque por arduo y angosto sendero
En corcel obscuro marcha un caballero.
Sus espuelas brillan en la noche bruna,
Y, cuando en su rayo lo envuelve la luna,
Fulgurando luce con vivos destellos,
Un casco de plata sobre sus cabellos.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

Cual ligero enjambre, todos le rodean
Y en el aire mudo raudos voltigean,
—Gentil caballero, ¿ do vas tan de prisa ?

La Reina pregunta, con suave sonrisa;
Fantasmas y endriagos hallarás doquiera;
Ven, y danzaremos en azul pradera.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

—No! mi prometida, la de ojos hermosos
Me espera y mañana seremos esposos.
Dejadme prosiga, Elfos encantados,
Que holláis vaporosos el musgo en los prados.
Lejos estoy, lejos, de la amada mía,
Y ya los fulgores se anuncian del día.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

—Queda, caballero, te daré á que elijas
El ópalo mágico, las áureas sortijas,
Y, lo que más vale que gloria y fortuna:
Mi saya tejida con rayos de luna.
—No! — dice él. — Pues anda! — Y su blanco dedo
Su corazón toca é infúndele miedo.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

Y el corcel obscuro, sintiendo la espuela
Parte, corre, salta, sin retardo vuela,
Mas el caballero, temblando, se inclina:
Ve sobre la sombra forma blanquecina
Que los brazos tiende, marchando sin ruido.
-- Déjame, oh demonio, Elfo maldecido!

De tomillo y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

— Déjame, fantasma siempre aborrecida!
Voy á desposarme con mi prometida.
— Oh, mi amado esposo, la tumba perenne
Será nuestro lecho de bodas solemne.
He muerto! dice ella — y él, desesperado,
De amor y de angustia cae muerto á su lado.

De tomillos y rústicas yerbas coronados
Los Elfos alegres danzan en los prados.

2°

EL PERCANCE DE DON IÑIGO

A Enrique Rodríguez Larreta.

Ochenta hidalgos de cabello rojo
En sus mulas soberbias, adornadas
Con lujosos arneses, van marchando
Ricamente vestidos: en las plantas
Puntiagudos zapatos; en los hombros
Jubón de fina seda; plumas blancas
En los birretes, y collares de oro
De tres vueltas en torno á la garganta;
Pequeñas fustas en la mano, y lindas
Escarcelas flotantes y bordadas.
Sólo, Ruy Díaz de Vivar, altivo,
En su fuerte caballo de batalla
Enjaezado de hierro, lleva estoque
Ceñido á la cintura, y lleva lanza,

Y desde el cuello á los riñones luce
Flexible y varonil cota de malla,
Y sobre el casco brillador suspende
Capucha densa que la luz apaga.

La avispa vuela en torno, la langosta
Salta en las secas yerbas, la plateada
Voz de las campanillas repercute
En medio de las rudas carcajadas
De todos los alegres caballeros.
A la vez, todos ríen, todos hablan,
Contando sus audaces aventuras,
Raptos de amor, empresas arriesgadas,
Irrupciones nocturnas y querellas,
Pillerías sin fin, golpes de gracia;
Mientras inmóvil y á la vez sombrío,
Ruy Díaz de Vivar, no dice nada.

Así, al través de pedregosos campos,
Como fué convenido, todos marchan
Por llegar hasta el rey que se aproxima
Rodeado de sus gentes feudatarias,
Y su alférez mayor, y sus notarios
Que el juramento escuchen y de alianza
Testimonio levanten; y trescientos

Escogidos soldados de su guardia.
Al mediodía, don Hernando llega
Por el camino donde el polvo abrasa;
Quítase el guante de la diestra mano
Ni se descubre, ni tampoco baja;
En su mula sentado, el homenaje
Espera; cada cual un beso estampa
En la real diestra; desdeñoso y lento,
Ruy Díaz, no desciende hasta el monarca.

Al punto, Iñigo López, estandarte
De Castilla, heredero de una raza
Pendenciera y audaz, cuyos abuelos
Lucharon con Tarik en las montañas, —
De su claro linaje envanecido,
Viendo un orgullo tal, tembló de rabia;
Sobre el arzón erguido, rudamente
Dirígese á Vivar, con voces ásperas,
Con gesto adusto y la pupila ardiente
Más que el carbón de la encendida fragua.

— Abajo, don Rüy, que es vuestro turno!
Gran Dios! Este mozuelo en petulancia
Cree no poder hacer, lo que hace todo
Rico hombre de pendón, espada y maza,

Con vasallos, honores y derechos?
Se imagina el retoño de mesnada,
Por ventura no existe alguna cuerda
Que doble la cerviz que así levanta?
Abajo! en vuestra loca altanería
Con cínico baldón, muerte villana
Diste al conde Lozano, el valeroso,
De Castilla sostén y nuestra raza.
Qué sois, moro ó judío? Por lo menos
Y, sin duda, traidor. Vuestra arrogancia
Es digna del desdén y del olvido.
Id, si no por la Virgen, por el Papa,
Como Iñigo me llamo, de las piernas
Os conduzco, arrastrando hasta el monarca.
Don Iñigo habló así. De un solo golpe
Don Ruy, le abrió los sesos con su espada.
El otro desplomóse, y con la sangre
Bañó su mula y el camino. Estallan
Gritos de: — Ola! — Jesús! — Sobre él carguemos!
— Alerta! — Herid! Herid! — Alto las dagas!
— Por Dios! cráneo y birrete le ha partido
Hasta los dientes! — Sus! al lobo! En guardia!

— Santiago! dijo el Rey, si el puño es firme,
No hay duda que la hoja es bien templada!

El caso me contrista. Iñigo López,
Mala suerte alcanzó, por su desgracia.
Don Ruy, guarda tu estoque; el diablo mismo
Con Mahoma, á feroz no te igualaran.
— Ved lo que al atrevido le acontece,
Dijo don Ruy: su lengua era muy larga...

Después, sin inquietarse que le sigan
Ó le censuren, rumbo á Calatrava,
El buen Cid Campeador y sus fidalgos,
Vuelven bridas, y rápidos se marchan.

I°

LAS LÁGRIMAS DEL OSO

A Manuel Carlés.

El rey de los Runos vino de las salvajes colinas;
Y, mientras se alzaba el triste bramido del hosco mar,
Fulguraban sus cabellos en las pálidas neblinas
Oyendo rugir el oso y las olas sollozar.

El Eskalda inmortal dijo: —¿Qué furor á tí se atreve,
Oh, mar sombrío? ¿Qué pena os agita en su vaivén,
Ola incansable, árbol triste? ¿Oso vestido de nieve,
Por qué, sin cesar, con ellos, te lamentas tú también?

—Rey de los Runos! le dijo el árbol de hoja sombría,
Que el áspero viento llena de desolante rumor;

Jamás con dulce mirada de ternura ó de alegría,
Cruzó junto á mí la virgen de albo cuello encantador.

—Rey de los Runos! jamás, díjole el mar infinito,
Llegó hasta mí fondo el beso del esplendor estival;
Con horror, exhalo siempre prolongado, eterno grito,
Pero, nunca, al sol levanto de alegría himno triunfal.

—Rey de los Runos! El oso, dijo, erizadas las crines
Devorado por el hambre, rudo y fiero cazador:
¡ Quién pudiera ser cordero, y en los plácidos confines
Pacer yerbas aromadas, vivir extraño al dolor!

Y el Eskalda imortal vibra su arpa trémula y sonora
Y su canto el duro témpano del invierno hace temblar;
Gime el árbol á los besos del rocío y de la aurora,
Y murmullos armoniosos se desbordan por el mar.

Y el gran oso taciturno se agitó sobre sus patas,
Sus pupilas soñolientas el amor volvió á encender,
Y, por un doble torrente de lágrimas escarlatas,
Sobre el limpio chal de nieve su ternura hizo correr.

EDGARD ALLAN POE

3º

ULALUME

A Eduardo Schiaffino.

El cielo estaba gris, mustias las hojas,
Encogidas las hojas y abrasadas.
Era, del solitario mes de Octubre,
Noche sombría, en época lejana,
Próximo al lago de Áuber, en la obscura
Tierra de Weir, brumosa y encantada —
Junto al ciénago de Áuber, en la triste
Región de Weir, vampírica y extraña.

Por la inmensa avenida silenciosa
De cipreses titánicos, vagaba —
Por la inmensa avenida de cipreses,

Vagaba junto con Psiqué, mi alma,
Cuando mi corazón era volcánico
Como los ríos de encendida lava —
Como los ríos de encendida escoria
Que su corriente sulfurosa arrastran,
Y de la cumbre del Yanek descienden
Allá, del polo en la región helada —
Que, gemebundos, del Yanek descienden,
Del Polo Norte en la región ingrata.

Nuestro diálogo fué grave y tranquilo ;
Graves fueron también nuestras palabras —
Mas quedó el pensamiento adormecido,
Y la memoria, soñolienta y lánguida.
Que era noche de Octubre, no advertimos —
(¡ Ah ! Noche de las Noches... Noche infausta !)
Ni el triste lago de Áuber recordamos —
(Aunque, en otro momento, hasta él llegara)—
Ni el triste lago de Áuber, ni la obscura
Región de Weir, vampírica y extraña.

Y, mientras que la noche envejecía,
Y anunciaban los astros la mañana,
Y auguraba el cuadrante su venida —
Al fin de la arboleda solitaria

Fulgor opaco y nebuloso vimos
Del que surgió la media luna mágica —
La luna de Astarté, con doble cuerno,
Con doble cuerno diamantina y clara.

" Rueda á través de un éter de suspiros,
Y es — dije — más ardiente, más que Diana —
El llanto vió correr por las mejillas
Donde el gusano, sin morir, se arrastra ;
Por mostrarnos la ruta de los cielos —
La paz Lethea de los cielos, marcha :
Las estrellas del León ha traspasado —
La guarida del León dejó á su espalda —
Y, á despecho del León, brillan sus ojos
Y el amor reverbera en su mirada. "

Mas Psiqué dijo levantando el índice :
" Tiene aquel astro palidez extraña —
Hondo recelo inspírame... ¡ alejémonos !
Huyamos pronto de su luz nefasta !
Oh ! volemos !... volemos ! " — Y en el polvo
Rozaron los extremos de sus alas —
Y me habló, de terror estremecida,
Y, en el polvo, caer dejó sus alas —
Sollozó con angustia, tristemente

Arrastrando las plumas de sus alas.

" ¡ Delirios son ! — le respondí — sigamos
Á favor de esta luz, trémula y diáfana !
Su esplendor Sibilino está irradiando
Á un tiempo, la Belleza y la Esperanza !
Mira ! el camino de los cielos busca
Y, á través de la noche se adelanta —
Confiar podemos en su luz benigna
Que ha de llevarnos á segura playa —
Confiar debemos en su luz tranquila
Que, á través de la noche, al cielo avanza ! "

Y, de Psiqué venciendo los terrores,
Tornó á su pecho la perdida calma,
Y la induje, venciendo su tristeza,
Venciendo sus temores, y besándola,
Á seguir hasta el fin — cuando de pronto,
De la avenida al fin — nuestra mirada
Detúvose en la puerta de una tumba,
La puerta de una tumba legendaria :
¿ Qué hay escrito — la dije — qué hay escrito,
De esa tumba en la puerta, dulce hermana ?
" Ulalume !... Ulalume !..." ella repuso ;
" Tu perdida Ulalume, idolatrada !..."

Quedó mi corazón mustio y sombrío
Como las hojas secas y crispadas —
Como las hojas secas y encogidas —
Y, " fué Octubre, sin duda, murmuraba —
En *esta* misma noche cuando vine
Aquí, trayendo abrumadora carga --
Del año que pasó, fué en esta noche,
En esta noche, cual ninguna infausta.
Ah! qué demonio me empujó á este sitio
Y me condujo á esta región fantástica !
Bien conozco este mudo lago de Áuber —
Y esta tierra de Weir, fosca y nublada :
Reconozco el obscuro lago de Áuber —
Y de Weir, la región brumosa y áspera :
Es el ciénago de Áuber, es la triste
Región de Weir, vampírica y extraña! "

EL LAGO

A...

De mi vida en la distante, jubilosa primavera,
Dirigí mi paso errante á una mágica ribera —
La ribera solitaria — la ribera silenciosa
De un salvaje lago ignoto, que circundan y obscurecen
        Negra cinta rocallosa,
Y copudos, altos pinos, que las auras estremecen.

Pero, cuando allí la noche su fúnebre manto arroja
Y el místico y gemebundo viento da su melodía —
Entonces — ¡ ah ! — entonces, quiere despertar de su congoja
Del terror del lago triste, despertar el alma mía !

Antes — no el terror dejaba en mí espíritu contento —
Antes — mas hoy, ni las joyas, ni el afán de la riqueza
Como antes, á contemplarlo llevarán mi pensamiento,
Ni el Amor — por más que fuese el Amor de tu belleza.

La muerte estaba en el fondo de la ola envenenada,
Y una tumba, en lo más hondo, pérfidamente adornada
Para quien, á su amargura, breve tregua hubiera dado
Un nepenthe, á los dolores de su espíritu afligido,
Y en un Edén transformado
El salvaje lago ignoto, lago triste y escondido!

ELDORADO

Al doctor Angel Estrada.

Iba un audaz caballero
Vistosamente adornado —
Infatigable viajero —
Que canta un himno guerrero
Y vuela en pos de Eldorado.

Tanto mundo ha recorrido
El caballero esforzado,
Que, por fin, ha envejecido
Sin ver nada parecido
Al misterioso Eldorado.

Y cuando marcha sin tino,
Sin fuerzas, desalentado,
Ve una sombra en su camino
Y le dice : — ¿ Peregrino,
Dónde se encuentra Eldorado ?

— En los Montes de la Luna,
Y en un Valle inexplorado,
Dice, hallarás la Fortuna : —
¡ Galopa en la noche bruna
Si vas en pos de Eldorado !

TIERRA DEL SUEÑO

A Osvaldo Magnasco.

Por una ruta obscura,
Por ignorada senda
Que recorren los ángeles malditos,
Donde el Idolo-Noche adusto reina
Sobre fúnebre trono—de allí vengo—
De la Thule fantástica y postrera—
Desde un clima hechizado, prodigioso,
Un clima que se encuentra
Allá, lejos, muy lejos,
Del tiempo mismo—y del Espacio fuera.

Valles profundos, gigantescos rios,

Y hondísimas cavernas,
Inmensos precipicios,
Y titánicas selvas —.
Formas que el hombre descubrir no puede
Porque se hallan hundidas en la niebla—
Montañas que se yerguen
En mares sin riberas;
Y mares tempestuosos que se pierden
Entre nubes de fuego que se incendian;
Y lagos silenciosos, cuyas aguas,
Dormidas y serenas—
Serenas y dormidas—se dilatan—
Dormidas como muertas—
Inmóviles y frías, cual los lirios
De nieve, que á su margen cabecean.

Por los lagos tranquilos que así extienden
Sus aguas soñolientas—
Sus aguas perezosas y dormidas—
Dormidas como muertas—
Inmóviles y frías, cual los lirios
De nieve, que á su márgen cabecean,—
Por las altas montañas—junto al río—
Que murmuran, murmuran, y se quejan,—
Por los bosques sombríos—y el pantano

Donde el inmundo sapo merodea—
En los ciénagos turbios donde moran
Alimañas vampíricas, horrendas,—
Y por todos los lúgubres espacios
Y sitios melancólicos—se encuentran
Las fúnebres memorias del Pasado—
Y atónito el viajero allí contempla
Blancas formas, que cruzan suspirando—
Blancas formas, que gimen y que tiemblan-
De amigos, con pesar abandonados,
Con pesar, á los Cielos—y á la Tierra.

Es un sitio apacible, de consuelo,
Para el Alma que abruman hondas penas
En compacta legión—y es Eldorado,
Al espíritu errante en las tinieblas!
Mas, al feliz viajero, permanece
Impenetrable la región edénica!
Ocultos sus misterios á los ojos,
A los ojos humanos, siempre quedan: —
Su Rey dispuso que jamás el hombre
Los fatigados párpados abriera--
Sólo á través de lentes empañados
El Alma entristecida puede verla.

Por una ruta obscura,
Por ignorada senda
Que recorren los ángeles malditos,
Donde el Idolo-Noche adusto reina
Sobre fúnebre trono—de allí vengo,
De allí torno al hogar, vuelvo á la tierra,
De remota región, y extraño clima—
De la Thule fantástica y postrera.

LA CIUDAD EN EL MAR

A Mariano E. Pelliza.

Mirad! La Muerte levantó su trono
En la ciudad inmensa y solitaria —
En la ciudad inmensa que se extiende
Del triste Ocaso en la región lejana —
Donde el bueno y el malo, confundidos
Con el peor y el mejor, juntos descansan,
Y brillan los palacios y las torres,
(Torres vetustas por el tiempo ajadas!)
En redor de las torres y palacios
Los vientos del olvido se levantan,
Y debajo del cielo, adormecidas,
Reposan, melancólicas, las aguas.

Ningún rayo de luz brilla en las noches
De la ciudad fatídica y extraña—

Ningún rayo de luz, desde los cielos,
Desciende á iluminar sus noches largas—
Mas, del fondo del piélago sombrío
Luminosas corrientes se adelantan,
Que alumbrando las torres silenciosas
Sobre las cimas, y á lo lejos, vagan—
Relucen en los domos atrevidos,
Sobre los templos, en las regias salas,
En las musgosas, imponentes ruinas
De rudas, Babilónicas murallas,
Sobre espléndidas tumbas y sarcófagos—
Maravillosas tumbas cinceladas
Cuyas flores de piedra, en espirales,
Sus retorcidos frisos entrelazan—
Sus retorcidos frisos, donde el pámpano,
La violeta y el musgo se destacan.
Bajo el cielo tranquilo, adormecidas,
Reposan melancólicas las aguas,
Y allí, las torrecillas en la sombra
Cual péndulos, parecen inclinadas,
Mientras la Muerte, en orgullosa torre,
Yace tendida en la ciudad fantástica.

Templos abiertos, y entreabiertas fosas,
Allí bostezan en la linfa diáfana—

Bostezan en la linfa luminosa—
Y—ningún rico en la ciudad callada—
Que en los brillantes ojos de los ídolos
Duerme el último sueño—ni la blanca
Muerta, de alegres joyas revestida—
Su húmedo lecho entre las olas palpan —
Ni aquellas olas por el viento, nunca,
En tan lejanos mares son rizadas—
Ni el cielo, sobre mares tan horribles,
Tan plácidos y horribles, se dilata.

Pero, mirad! De pronto, el aire tiembla!
Agítanse las olas espantadas,
Cual si fueran hundiéndose las torres
En la marea fúnebre que avanza —
Y como si las cimas, en la altura,
Lentamente, de lado se inclinaran!
Rojizo resplandor tiñe las olas—
El tiempo mudo, sordamente pasa—
Y lejos de los ruidos terrenales
Que de los tronos infinitos se alzan—
Abajo, abajo, donde fué construída,
Abajo, abajo, en la ciudad extraña—
El infierno se inclina reverente,
Con expresión satánica!

EL AARAAF

A Rubén Darío.

Ticho Brahe descubrió una estrella, que apareció de repente en el cielo; en pocos días alcanzó una brillantez superior á la de Júpiter; luego desapareció tan rápidamente como se había presentado y jamás se ha vuelto á ver.

PARTE PRIMERA

¡Oh! nada mundano sino el rayo (reflejado por las flores) de los ojos de la hermosura, como en esos jardines donde la luz brota de los brillantes de Circasia — ¡ Oh ! nada mundano sino el trino de melodía que exhala el arroyuelo oculto en la selva — ¡ Oh ! músi-

ca de las pasiones ! la voz de la alegría tan apaciblemente apagada que, cual murmurio del caracol, su eco permanece y se quedará siempre — ¡ Ah! nada de nuestras miserias. — Mas toda la beldad, todas las flores que nuestro amor anhela, que embellecen nuestras alcobas, adornan aquel mundo lejano, aquella errante estrella.

Época deliciosa fué para Nesace, pues allí su mundo voluptuoso yacía sobre el dorado aire, cerca de cuatro brillantes soles, descanso temporario, un oásis en el desierto de los dichosos. Allá, allá, entre océanos de rayos que bañan el alma libre con empíreos esplendores, el alma que (tan espesas son las ondas) con grandes esfuerzos apenas alcanza la ansiada eminencia, á lejanas esferas, de tiempo en tiempo llegaba y recién á la nuestra, la favorecida de Dios. Mas ya, reina de un dominio estacionario, arroja el cetro, abandona el timón, y, entre incienso y excelsos himnos espirituales, baña en etérea luz sus formas angélicas.

Ya la más dichosa, la más bella en aquel hermosísimo mundo, do nació la "Idea de la hermosura" (cayendo en guirnaldas pasó por infinitas estrellas

asombradas, cual cabellera de mujer entre perlas, hasta que, allá lejos, dió con los montes del Olimpo, y allí reposó; contempló ella la inmensidad, y postróse.

Envuelta en brillante dosel de nubes, digno emblema de su mundo, que sólo en inmaculada belleza se veía, pero que no ocultaba empero la vista de otras hermosuras que brillaban en la luz, una guirnalda que envolvía cada forma estrellada. Y todo el éter de ópalo circundado por brillantísimos colores.

Toda presurosa sobre lecho florido arrodillóse, lecho de lirios, como los que se erguían sobre el hermoso cabo Deucato, que brotaban abundantes, ávidos de detener los pasos que huían. Egregia altivez, de la que á un mortal amó y luego murió. La sefálica, la flor de abejillas cargada, levantaba su purpúreo talle envolviéndole las rodillas. Y la flor doble de Trebizonda, así llamada; oriunda de las excelsas estrellas, donde en antaño arrojó sombras á todas las beldades: en almibarado rocío (el fabuloso néctar que conocían los paganos) miel que el delirio producía, del cielo destilada, caía en los jardines de los maldecidos en Trebizonda, y sobre una asoleada flor, semejante á la propia de las excelsas esferas, se ex-

tiende de modo que, hasta esta hora, allí permanece é infunde en la abeja locura é inusitada fantasía. En todas las celestiales esferas, la hoja, y la flor de esta mágica planta, con desconsolado dolor se consume, dolor que apesadumbra, arrepintiéndose de antiguas y abandonadas locuras, con amargas congojas levanta su blanco seno desnudo en el aire embalsamado, cual la hermosura culpable, depurada por el castigo y siempre más bella. Nyctanthes, también, sagrada como la luz que teme perfumar, y por eso baña la noche con sus perfumes; y Clytia, vacilante, entre tantos soles, con caprichosas lágrimas que por sus pétalos corren; y aquella ambiciosa flor que en la tierra brotó, y espiró apenas empezada su existencia, su henchido y perfumado corazón reventándose con ávidos deseos de lanzar su espíritu, de los jardines de un rey, al cielo; y el loto valisnéreo, que allí voló abandonando sus luchas con las olas del Ródano; y tu deliciosísimo, purpúreo perfume, ¡ oh Zante! *¡ Isola d'oro ! ¡ Fior di Levante !* Y la nelúmula, flor que eterna flota con el cupido indiano que arrastran las ondas del sagrado río. ¡ Hermosas flores y hada bella ! á cuyos desvelos encomendada está la grata labor de llevar en perfumes al cielo, el canto de la Diosa.

"¡ Espíritu ! que moras allí, donde en el profundo cielo, rivalizan siempre, lo terrible y lo bello ! Fuera de la celeste línea — confín de la estrella que se vuelve, al divisar tu última barrera — que gira, al llegar al límite traspasado por los cometas, despojados de su orgullo, y arrojados de su trono ; destinados á la servil labor de transportar el fuego — el rojo fuego de su corazón — con incansable velocidad, y con dolor que jamás se calma — ¡ Tú ! que vives — ésto, lo sabemos — en la Eternidad — lo sentimos — pero, ¿ cuál será el espíritu que revele tu ceño ? Aunque los seres que Nesace, tu mensajera ha conocido, ha soñado para tu infinidad, formas semejantes á las propias — cumplida está ¡ oh Dios ! tu voluntad — tu estrella ha volado alto, al través de muchas tempestades, pero siempre giraba, vigilada por tus ardientes ojos ; y aquí, por el pensamiento, el pensamiento que sólo puede ascender á tu imperio, y así participar de tu trono — por la alígera fantasía, se cumple mi embajada, hasta que los secretos arcanos, queden revelados en los cielos ".

Cesó — y confusa escondió entre los lirios su abrasada mejilla, buscando allí abrigo al fervor de la divina mirada ; pues ante la deidad temblaban las

estrellas Y allí quedóse impávida — sin aliento — escuchando una voz que solemne llenaba todos los ámbitos ! Sonido del silencio, que asombraba el oído, llamado por soñadores poetas " la música de las esferas". El nuestro es un mundo de palabras : á la quietud llamamos "silencio" — lo que también no es más que una palabra. Toda la naturaleza habla, y hasta las cosas ideales con sus alas impalpables producen sombras de sonidos. Mas, ¡ ah ! no así cuando en los excelsos dominios se oye pasar la eterna voz de Dios, y marchítanse los rojos vientos en el cielo !

" Qué importa, si un mundo que ciclos infinitesimales describe, vinculados en un pequeñísimo sistema, regido por un insignificante sol, donde todo mi amor locura es, y la multitud piensa siempre que mis temores no son sino el rayo, la tempestad, el terremoto y los rugidos del océano. (¡ Ah ! ¿ osarían contemplar mi airado ceño ?). Qué importa, si en mundos con un pequeño y único sol, las arenas del tiempo se gastan y se pierden, pues es mío tu esplendor; tú destinada estás á llevar mis secretos por el excelso cielo. Abandona tu cristalino hogar, y huye con toda tu comitiva al través del cielo alumbrado por la suave

luz de la luna — aparte tu comitiva — ¡cual luciérnagas en noche siciliana, y con alíjero vuelo á otros mundos lleva otra luz! — Divulga los secretos de tu embajada á los altivos globos que chispean, así serás para cada corazón barrera y confín — no sea que tambaleen las estrellas, arrastradas por las culpas del hombre!".

Levantóse la ninfa en la noche crepuscular, alumbrada por una sola luna (en la tierra empeñamos nuestra fe á un sólo amor; una luna única adoramos — una sola también tenía la morada de la joven beldad). Al aparecer esa pálida estrella en las horas soñolientas, levantóse la ninfa de su florido lecho, y dirigió su vuelo sobre brillantes montañas y sombreada llanura — pero sin abandonar, todavía, su dominio thereseano.

SEGUNDA PARTE

Sobre erguida montaña de esmaltada cumbre, tal como soñoliento pastor en su lecho gigantesco de interminables hierbas descansa de sus fatigas—al levantar sus párpados, ve con sobresalto y con fervor

murmura "Dios nos ampare", estando en cuadratura la luna en el cielo—la luna, que, erguida allá lejos, en el éter de luz bañada, cogió el rayo de múltiples soles puestos á la tarde. — De media noche, cuando la luna reverberaba con la bella y extraña luz.

. Colocada sobre altura semejante, levantábase una construcción de esplendorosas columnatas sostenidas por el diáfano ambiente, reflejando del mármol de Paros esa doble sonrisa, que chispeaba en la onda allá lejos, y mecía en su cuna la joven montaña. El pavimento de estrellas fundidas, de aquellas que caen por el tenebroso ambiente cubriendo de plata el funéreo paño, que proclama su propio fin, mientras se mueren.—Adornando, luego, las moradas del cielo, una cúpula, bajada del cielo por hilo luminoso, descansaba graciosamente sobre esas columnas como una corona. Allí una ventana, de un solo diamante circular, dominaba la purpúrea atmósfera, y rayos de Dios lanzados por esa cadena de meteoros consagraban dos veces su incomparable hermosura, salvo cuando, entre el Empireo y ese anillo, algún fugaz espíritu movía sus tenebrosas alas. Mas, desde esos pilares han contemplado los ojos de serafines, en lontananza, el débil reflejo de este mundo: ese

gris verdoso que elige la natura para la tumba de la Belleza, divisábase en cada cornisa alrededor de cada arquitrabe — y los querubines esculpidos, que de su marmórea habitación se asomaban, terrestres parecían en las sombras de sus nichos. ¿ Estatuas de Acaya en un mundo tan rico? Frisos de Tadmor y Persépolis, de Balbeck y del silencioso, límpido abismo de Gomorra !... Oh! la ola ya te sumerje, — tarde es para salvarte!... En una noche de verano, el sonido se extravía; escucha sino el murmurio del crepúsculo gris, que en Eyraco embriagó los sentidos de tantos silvestres adoradores de las estrellas en tiempos de antaño, que siempre se percibe por el oído de quien, meditabundo, contempla la tenebrosa lontananza – que ve las tinieblas como una nube que se avanza. ¿ No es la forma — la voz—en extremo palpable y recia? Mas ¿qué es esto?... Llega y consigo trae música—es el murmullo de alas—una pausa—y luego, són de cascadas —ya cesa... y encuéntrase de nuevo, Nesace, en sus salones. Con la intensa energía de su veloz vuelo, arden sus mejillas y sus labios se separan; su henchido corazón ha reventado la banda qué su gentil cintura oprimía. En el centro de aquel vasto salón, sin aliento se detuvo ¡ oh Yanthe ! debajo de la bri-

llante luz que su cabellera dorada besaba ansiosa del reposo, mas allí no podía dejar de chispear!

Melodiosas cuchicheaban las florecillas entre ellas, esa noche, y árbol con árbol susurraba; en muchos bosquecillos, por las estrellas iluminadas, hondonadas alumbradas por la luna, fuentes y cascadas sus musicales notas esparcían; empero entre los objetos materiales profundo silencio reinaba—hermosas flores, brillantes cataratas y alas de ángeles—y tan sólo los sonidos que del espíritu emanaban, podían acompañar el canto que entonaba la doncella:

"Bajo la campanilla ó la flámula, ó el silvestre pimpollo que resguarda al que sueña del rayo de la luna—¡seres brillantes, que con pesados párpados meditáis en las estrellas que vuestra admiración de los cielos ha atraído, hasta que chispeantes en la sombra se deslizan y posan sobre vuestras frentes, cual los ojos de la doncella que ahora os llama,—¡despertaos! dejad vuestras fantasías en alcobas de violetas, al deber consagrad estas horas alumbradas por estrellas; sacudid vuestras trenzas empapadas en rocío, apartad el hálito de esos besos. (¡Ah! Sin tí ¡oh, amor! ¿serían dichosos los ángeles?) Aquellos besos de verdadero amor, que os arrullaban y ador-

mecían! Levantaos! De vuestras alas sacudid el rocío de la noche, pues entorpecería vuestro vuelo; y las caricias del verdadero amor, (oh! dejadlas de lado!) son ligeras para los rizos, mas, pesadas para el corazón."

"¡Ligeia! ¡Ligeia! Mi hermosura, cuyos más austeros pensamientos en melodías se expresan: Ah! es tu voluntad ser llevada por la brisa? Ó siempre caprichosa cual solitario albatros echada sobre las tinieblas (como él sobre el aire) irás escuchando encantada las armonías de las esferas?"

"Ligeia! sea cual fuere tu imagen, ni arte ni magia te separarán de la música. Muchos son los ojos que has encantado con soñolientas fantasías, mas siempre se oyen las arias que producen tus vigilias, al són de la lluvia que sobre la flor gotea y vuelve á bailar al ritmo del aguacero; el murmullo que brota con el crecer de la hierba,—son la música de las cosas. Mas ¡ay! es música vaciada en moldes terrestres! Vuela, pues, adorada, oh! vuela lejos, á las fuentes que límpidas reflejan los rayos de la luna; al solitario lago que sonríe mientras sueña en el profundo reposo que disfruta, con las islas que, cual estrellas, adornan su pecho. Allá donde se deslizan

flores silvestres y confunden sus sombras, en sus márgenes están dormidas ninfas y doncellas; algunas han abandonado la fresca cañada y al lado de la abeja han buscado el reposo. Despiértalas, doncella mía, en brezal y llanura vuela, respira sobre sus ensueños, respira dulcemente al oído el ritmo musical que se durmieron para oir, pues ¿ qué puede despertar tan pronto á un ángel cuyo sueño le ha vencido á la luz de la fría luna, como el encanto que resistir no puede ningún sueño producido por arte de magia, el rítmico verso que con su arrullo el alma adormece?

Espíritus que vuelan, y ángeles que aparecen, mil serafines del Empireo se lanzan, bellos ensueños que revoletean aún al empezar su soñoliento vuelo. Serafines en todo menos el "Saber" la vivísima luz que cayó refractada, traspasando tus límites allá lejos. ¡ Oh muerte ! de los ojos de Dios sobre aquella estrella : dulce fué ese error, más dulce aún esa muerte : dulce fué ese error, aunque para nosotros el aliento de la ciencia empañe el espejo de nuestros goces. Para ellos fuera el Simún, y destruiría, pues ¿qué les importa saber que la verdad es mentira, ó que la dicha es angustia?

Dulce fué su muerte: para ellos el morir era la fruición del último éxtasis de la vida saciada—más allá de esa muerte no hay inmortalidad, sino un sueño que medita y es el *no sér.*

Y allí, ay! que permanezca allí mi abrumado espíritu: separado de la eternidad del cielo, y ah! cuán lejos del infierno!

Dí oh, musa! ¿Cuál espíritu culpable, en qué maleza tenebrosa no oyera la conmovedora llamada de ese himno? Sólo dos: cayeron, porque el cielo su gracia no otorga, á quien, por el latido de su corazón, no oyere.

Una doncella angelical y su serafín amante. Oh! ¿cuándo y dónde (preguntadlo á los anchos mares) estuvo jamás el amor, el ciego amor, al lado del sobrio deber? Ha caído el amor extraviado entre lágrimas de eterno llanto.

Espíritu gentil fué el que cayó: vagaba errante por los manantiales tapizados de musgo; absorto contemplaba las luces que en el cielo brillan, distraído soñaba con su amor á la luz de la luna: y, que no os admire! pues celestiales ojos son las estrellas que con enternecimiento contemplan la cabellera de la hermosura, y ellas, y cada musgoso manantial, sagrados eran para su melancólico corazón por el

amor atormentado. Había sorprendido la noche (Oh! noche de dolor!) sobre un peñasco altísimo, al joven Angelo.

Erguida se extendía la cumbre al través del solemne cielo, y con ceño airado contemplaba los estrellados mundos que debajo de sus pies se extendían. Allí sentóse con su amada:

Sus vagos ojos con mirada de águila escudriñaban el firmamento:

Ya volvíalos sobre ella, mas siempre trémulos; de nuevo se dirigían al Orbe de la tierra.

"¡Yanthe, idolatrada, mira! ¡cuán tenue ese rayo! ¡cuán bello es mirar allá tan lejos!

"Así no se me presentaba ella esa tarde de otoño, cuando abandoné sus regios salones y no sentía dejarla! Esa tarde! esa tarde, bien presente la tengo. Un rayo de luz por el sol lanzado, en Lemnos cayó como un encanto sobre los arabescos esculpidos de un salón dorado, donde yo reposaba, y sobre las tapizadas paredes, y sobre sus párpados: ah! qué luz tan pesada! cómo oprimía mis párpados y adormecía mis ojos! Antes, con la vista, recorría las flores, la niebla, y el amor con el persa Saadi en su Gulistan: pero oh! esa luz! vencióme el sueño; la muerte entretanto, apoderóse de mis sentidos en aquella

hermosa isla y con tanto sigilo; que no me despertó.

"Un solo cabello sedoso que dormía, ni conoció su fatal presencia. El último lugar del terrestre Orbe, que mis plantas pisara, fué un magestuoso templo llamado el Partenón; más belleza ostentaban sus columnatas y sus murallas, que lo que revela tu radiante senó; y cuando, por fin, el tiempo libró mis alas de su prisión, con alígero vuelo allí me dirigí cual águila de su torre; y en una hora dejé atrás innumerables años.

"Mientras suspendido quedéme sobre los etéreos confines de ese mundo, una mitad del jardín de su globo fué lanzada, desarrollándose á mi vista cual una carta, ciudades también, en el desierto, pero de sus habitantes despojadas! Yanthe, entonces bellezas á mi vista se presentaban, y casi deseaba ser otra vez de los humanos."

"¡Mi Angelo! y ¿por qué de ellos quisieres ser? Si de morada más brillante, aquí disfrutas, y campos más verdes que en aquel lejano mundo, y hermosura de mujer, y frenético amor."

"Mas, escucha, Yanthe! Cuando el aire tan tenue faltóme, al levantar su vuelo mi alíjero espíritu, tal

vez mi cerebro desvanecióse, mas el mundo que acababa de dejar, fué lanzado al caos: desquiciado de su órbita, azotado por tempestades, rodó, vastísima llama al través del enrojecido cielo.

"Parecióme, entonces, amada mía, que cesaba de volar, que caía, no con velocidad como había ascendido, sino con un movimiento trémulo, vacilante, al través de espacios bañados en radiante luz y rayos bronceados, hasta llegar á esta dorada estrella! No fueron largas las horas de mi caída, pues de todas las estrellas la tuya es la más próxima á la nuestra ¡estrella aterradora! que vino en una noche de alegría, rojo Dedalión para la tímida Tierra.

"Llegamos, sí! y á tu Tierra! mas á nosotros no compete discutir las órdenes de nuestra señora; venimos, amor mio; alrededor, arriba, abajo, alegre luciérnaga de la noche venimos y nos vamos, ni la razón inquirimos, salvo la angélica señal que *ella* nos otorga, como le fué cedido por su Dios; pero, Angelo, el tiempo gris jamás desplegó sus encantadas alas sobre mundo más bello que el tuyo! Opaco era su pequeño disco, y ojos de ángel tan sólo el pálido espectro divisar podrían en el cielo, cuando recién conoció al Aaraaf que su rumbo se dirigía recto allí

sobre el estrellado mar, y cuando sus glorias se ostentaron todas en el firmamento, cual reluciente busto de la belleza, á la vista del hombre, nos detuvimos á admirar la herencia de la humanidad, y tembló tu estrella, como tiembla ahora la belleza!"

Así, en dulce plática, se entretenían los amantes mientras cada vez más espesas caían las sombras de la noche, mas, las tinieblas, siempre más profundas jamás por la luz del día fueron despejadas. Cayeron: porque el cielo no otorga esperanzas á aquellos que no oyen por los latidos de su corazón.

2°—

EL PALACIO ENCANTADO

A Ernesto de la Cárcova.

En un valle tan hermoso
Que fué de ángeles morada,
Levantóse majestuoso en la vieja edad pasada
Un palacio esplendoroso
Con soberbia no igualada.
Elevóse en los confines del monarca Pensamiento,
Y jamás los serafines
Que divagan por el hondo firmamento azul distante,
Agitaron un momento
Sus alas sobre edificio tan grandioso y deslumbrante.

De oro y púrpura, altaneras,
Estandartes y pendones, oriflamas y banderas,
En sus cúpulas flotaban;
Y las brisas lisonjeras á su paso arrebataban
De los altos, grises muros,
Los perfumes que exhalaban,
Los perfumes misteriosos, suaves, alados y puros.

Con asombro, los viajeros,
Que aquel valle recorrían,
A través de dos ventanas luminosas percibían
Muchedumbre de ligeros espíritus que giraban
De un laúd á los acordes, armoniosos, placenteros,
Y en redor se balanceaban
De un adusto regio trono,
Donde el gran Porphyrogénito, abrumado de grandeza,
Reclinaba la cabeza, con magnífico abandono.

Y en la puerta del Palacio
De oro, perlas y rubíes,
De nácar y de topacio,
Se hundían como las ondas de la mar — en el espacio —
Un tropel de Ecos sonoros,
De Ecos límpidos, vibrantes, que, en interminables coros
Dulces coros — ensalzaban con acento sobrehumano

La fortuna y el talento
Del augusto soberano.

Pero seres malhadados, pero seres maldecidos,
Misteriosos enlutados,
En las sombras escondidos,
Asaltaron del Monarca la gloriosa investidura.
¡Ah lloremos! ¡Ya en su frente no fulgura la mañana!
Ya no luce en torno suyo
Su brillante corte altiva—su valiente corte ufana—
Y no resta de su orgullo—
De su orgullo y de su historia, que los vientos se llevaron
Más que fúnebre memoria
Que los siglos disiparon.

Y si hoy cruza algún viajero
Por el valle — antes hermoso —
Ve por rojizas ventanas un fantástico hervidero
De mil formas que se agitan con estrépito espantoso;
Y en la rápida corriente de las ondas encrespadas—
Ondas lúgubres de un río—
Ve rodando eternamente, ve rodando en el vacío,
Un tumulto repelente, con sonoras carcajadas!

ANNABEL LEE

Muchos años corrieron desde entonces;
En el reino lejano en que nací,
Junto al mar, una virgen habitaba
Que llevaba por nombre Annabel Lee;
Ella sólo vivió por mi cariño,
Por ser amada, y por amor á mí.

Yo era un niño, también *ella* era un niño,
En el reino lejano en que nací;
Y con amor inmenso, inextinguible,
Nos amábamos yo y Annabel Lee;
Con amor tan profundo que envidiara
Desde el cielo algún blanco serafín.

Y tal fué la razón que en ese tiempo,
En el reino lejano en que nací,
Una gélida ráfaga llevara
Para siempre, á mi linda Annabel Lee;
Así fué como lejos la llevaron,
Ay! lejos de mi amor, lejos de mí,
Y luego en un sepulcro la acostaron
En el reino lejano en que nací.

Los ángeles, tal vez, nos envidiaban,
Tal vez nos envidiaban, cuando allí—
Sí!—tal fué la razón (todos lo saben,
En el reino lejano en que nací)
Una gélida ráfaga, en la noche,
Me arrebató á la linda Annabel Lee.

Mas nuestro amor tan fuerte y poderoso
Era, que otro mortal no amara así—
Que ninguno, después, amará así—
Y ni pueden los ángeles del cielo,
Ni podrán los demonios conseguir
Separar un instante mi alma triste
Del alma de la linda Annabel Lee.

Porque miro en la luna, los ensueños
De la cándida y linda Annabel Lee;
Y en la luz de las límpidas estrellas
Miro sus grandes ojos refulgir;
Y en las nocturnas horas me recuesto
Junto á la dulce amada que perdí,
En su sepulcro, junto al mar distante,
En el reino lejano en que nací !...

A ZANTE

¡Isla hermosa! que de las más bellas flores
Tiene el rítmico, el más suave de los nombres!
Cuántas dulces remembranzas de otros días,
Contemplándote, en mi espíritu se agitan!
Cuánta escena de venturas esfumadas,
Y recuerdos de perdidas esperanzas:
Las visiones de la dulce niña ausente,
De la amada que he perdido, ay! para siempre —
Que he perdido! *que no existe!* ... Tus encantos
Son malditos á mis ojos, y enlutados!
Son malditas á mis ojos tus riberas,
Tus colinas y hondonadas, hoy desiertas!
Oh! isla hermosa del jacinto! roja Zante!
"*Isola d'oro! Fior di Levante!*"

EULALIA

Solo y triste, yo vivía en un mundo de lamentos;
Lago fúnebre era mi alma con mis hoscos pensamientos,
Hasta encontrar en Eulalia, en la dulce, bella Eulalia
        Tímida y gentil esposa —
Hasta encontrar en la joven, en la dulce, rubia Eulalia
        Tímida y sonriente esposa.

Menos brillan las estrellas, por las noches, en el cielo,
Que los ojos de la dulce niña cándida y sin duelo!
Y ninguna de las leves nubecillas — ah! ninguna! --
Que el vapor forma con rayos opalinos de la luna,
Compararse puede al rizo que resbala por la frente
        De la dulce, hermosa Eulalia —
Con el más humilde rizo que desata negligente
        La modesta, dulce Eulalia.

Ya no temo, no, la duda, y el dolor de frente miro,
Porque su alma me devuelve mi suspiro, con suspiro —
Ya no temo no las sombras, pues alumbra largo día
Astarté sobre mi cielo, y en fulgores irradía —
Y, con ojos de madona, contemplando su luz quieta
Vive así, mi dulce Eulalia, —
Contemplándole, mi Eulalia, con sus ojos de violeta.

LA DURMIENTE

A Rémy de Gourmont.

Del triste junio, al promediar la noche,
Bajo la luna mística, que exhala
Vapor opiáceo del contorno de oro,
Meditabunda, absorta está mi alma;
Vapor, que dulcemente, gota á gota,
Se desliza en la sien de la montaña
Y, por el valle universal, soñando
Intérnase con harmonía vaga.
El romero se inclina ante la tumba,
El lírio flota sobre la onda plácida
Y envuelto por las brumas, duerme el lago,
Como en sueño consciente y sosegada
Honda quietud... Toda belleza duerme!
Y á los cielos, abierta su ventana,

Abierta al cielo, en brazos del destino
Reposa Irene, muda y solitaria.

Es justo que en la noche quede abierta
Ay! abierta á los cielos, tu ventana?
Es justo, quede abierta para siempre,
Quede así, para siempre, oh noble dama?
Los aires bulliciosos se deslizan
Alegres y parleros, por tu estancia;
Los intangibles aires, tropel mágico,
Huyen y vuelven en sutil bandada,
Agitan del dosel los cortinados
Con tan siniestra ondulación extraña!
Encima de tus párpados cerrados,
Donde en profundo sueño yace el alma,
Y á lo largo del piso y sobre el muro
Elévanse las sombras, cual fantasmas!
Oh! no sientes pavor, no te amedrentas?
En qué sueñas — si sueñas — noble dama?
Tú, que viniste de lejanos mares,
Tú, que llegaste de remotas playas,
Para ser el encanto de los negros
Arboles mustios de llorosas ramas!
Raros son los vestidos que te cubren,
Es tu profunda palidez extraña!

Extraños en verdad son tus cabellos
Y extraño es el silencio que te guarda!

La dama duerme! Su profundo sueño
Se prolongue sin término. Que yazga
Bajo el amparo del piadoso cielo,
Que le dé el cielo su custodia santa!
Trocado este recinto y este lecho
Sin que sus ojos á la luz se abran,
Que, por siempre, repose, mientras giran
Rondas leves de pálidos fantasmas!
Mi amor, ella dormita. ¡Que en profundo
Sueño tranquilo, para siempre yazga!
Que á su alredor, arrastren los gusanos
Tímidamente, su viscosa planta...
Lejos, allá en la selva envejecida,
Alcen, para ella, sepultura magna,
Alguna sepultura misteriosa
Que abriera, un tiempo, las obscuras alas
De los regios tapices blasonados,
En las exequias de su noble raza;
Algún sepulcro aislado, en cuya puerta,
Más de una piedra inútil, arrojara
En su niñez alegre — alguna tumba
De resonante puerta legendaria,

En cuyo umbral se estremeció de espanto,
Creyendo, al acercarse ¡desdichada!
Que en su interior, los muertos respondían
Con honda voz y fúnebre palabra!

EL CONQUISTADOR GUSANO

Mirad! Es la triunfal noche de gala,
De los últimos años solitarios:
Inmensa turba de ángeles envueltos
En leves tules, — de ángeles alados,
Un drama de esperanzas y temores
Contemplan, oprimidos por el llanto,
Mientras suspira celestial orquesta
La música grandiosa de los astros.

Con la forma del Dios de las alturas
Hablan, con tenue voz, Mimos extraños;
Deslízanse, sin rumbo, meras formas
Que agitan, al azar, mil seres vacuos, —

Mil seres impalpables, que á su antojo
Se mueven sobre fúnebre escenario,
La invisible Desgracia, en el camino,
De sus alas de cóndor derramando!

Drama inmenso, terrible drama obscuro,
Que por siempre jamás será olvidado!
Fantasma eternamente perseguido
Por la turba, que en círculo girando,
Vuelve al mismo lugar, y gira siempre
Gira, gira, sin término, sin rastro!
Y la locura y el horror y el crimen
Son la intriga del drama sobrehumano!

Pero, mirad! de pronto una rastrera
Forma, entre los actores se abre paso!
Forma color de sangre, que se tuerce
Sobre el sombrío fúnebre escenario!
Oh! se retuerce con mortal angustia,
Á los mimos, siniestra devorando
Y sollozan los tristes serafines
Mientras del hombre triunfa el vil gusano!

Apáganse las luces!... Sobre todas
Las formas yertas, como negro paño,
Cae el telón con ruído tempestuoso,
Y los ángeles lívidos de espanto,
De sus ligeros tules se despojan
Y al huir del recinto ensangrentado,
Aseguran que el "Hombre" es la tragedia,
Y su héroe audaz el triunfador Gusano!

EL CUERVO

A Belisario J. Montero.

En una tempestuosa media noche — hallábame meditabundo, endeble, agobiado, — y hojeaba raros, roidos y mustios folios — de antigua y olvidada ciencia. — Mientras dormitaba y casi rendíame al sueño, — de repente se oye un golpe ahogado, — como si alguien suavemente tocara — y golpeara á la puerta de mi cuarto. — " Será algún visitante murmuré, — que golpea á la puerta de mi cuarto; — Sólo esto y nada más ".

¡ Ah, bien lo recuerdo! — Estábamos en el helado mes de diciembre, — y cada brasa que en el hogar

expiraba, — dibujaba su ánima sobre el piso. — Ansiaba que llegase la mañana; — en vano había buscado en mis libros — consuelo al dolor que me abismaba. — Dolor por la perdida Leonor; — por la sin igual y bellísima doncella — á quien los ángeles llaman Leonor; — cuyo nombre se pronunciará aquí, nunca jamás.

Y el sedoso, triste, ondeante y misterioso rumor — de las purpúreas cortinas — me estremecía — llenábame de fantásticos — temores que jamás había conocido; — así que, ahora, para calmar el latido — de mi corazón, quedéme repitiendo: — " es algún visitante que pide — hospitalidad á la puerta de mi cuarto; — algún retardado visitante que busca — el abrigo de mi estancia; — esto es y nada más ".

De pronto, cobrando sus fuerzas mi alma, — desesché por completo mis dudas: — " señor, dije yo, ó señora, en verdad — vuestro perdón imploro — más el hecho es que dormitaba — y tan suave llegasteis, — y tan débilmente golpeasteis, — tocasteis la puerta de mi cuarto, — que apenas os oía ". — Y abrí de par en par la puerta : tinieblas, y nada más.

Profundamente escudriñé esas tinieblas; — largo rato quedéme azorado, temiendo, — dudando, soñando fantasías — que jamás á mortal alguno ocurriera; — mas el silencio no se interrumpía, — y la quietud no se quebraba, — y la única palabra pronunciada — fué el nombre susurrado " ¡Leonor!" — Este suspiré yo, y el eco — me devolvió el murmullo " ¡Leonor!" — Sólo esto y nada más.

Después á mi aposento regresaba — con toda el alma ardiente; — pero escucho en seguida otra llamada — aún más distinta y fuerte, — " seguro estoy, decía, seguro estoy, — que hay algo en mi persiana: — voy á ver, pues, lo que sea, — voy el misterio á explorar — cese mi corazón, siquiera un momento sus latidos — mientras el misterio exploro; — si es el viento y nada más."

Con ésto, de repente, ábro el postigo, — cuando con muchos gestos y gran revoloteo, — se me presenta un majestuoso cuervo — de las piadosas épocas de antaño. — Ni el menor saludo me hizo, — ni un momento se detuvo; — pero con aire de caballero ó dama, — posóse sobre la puerta de mi cuarto, — posóse sobre un busto de Minerva; — inmediata-

mente encima de la puerta de mi cuarto — posóse y se sentó, y nada más.

Entonces este pájaro de ébano — distrajo un momento mi triste fantasía, — por el grave y solemne decoro — de aquel semblante adusto que tenía: — " aunque tu cresta esté calva — tú, de seguro, dije, no estás envilecido, — espantoso, horrendo, torvo, anciano cuervo — que vagas en la lejana y tenebrosa ribera, — dime cuál fué tu dominio, cuál tu nombre señorial - allá en el país lejano de Plutón, desconocido!"—Dijo el cuervo: " ¡ Nunca jamás! "

Mucho extrañé que este pájaro contrahecho — de tan súbito modo contestase, — aunque su respuesta poca significación, — poca oportunidad revelara; — pues todos convendrán — que jamás ser viviente humano — fué bendecido con ver — pájaro encima de su puerta — pájaro ó bestia sobre el esculpido — busto, arriba de la puerta de su cuarto, — con semejante nombre de " Nunca jamás ".

Mas el cuervo posado, solitario, — sobre el plácido busto sólo dijo — esta única palabra, cual si su alma

-- en la sola palabra condensara. — Nada más murmuró; — ni una pluma meció — hasta que apenas suspiré; — "otros amigos ya se han alejado; — mañana él me abandonará — como mis perdidas esperanzas". -- Entonces el pájaro dijo: "¡Nunca jamás!"

Espantado al percibir el silencio interrumpido — por respuesta tan obscura, tan insólita y extraña, — "sin duda, murmuré, lo que repite — es todo lo que sabe, y el único caudal, — de un amo desgraciado repetido — amo á quien el fatídico Desastre — cada vez más feroz le persiguiera — hasta que su cantar se redujera — hasta que la endecha de sus esperanzas — este melancólico plañido llevara — de nunca, nunca jamás".

Mas el cuervo despertaba — en mi alma triste la fantasía, — y de repente hice rodar un fastuoso sillón — frente á pájaro, busto y puerta. — Luego en el terciopelo reclinado — púseme á combinar — fantasía con fantasía, y á pensar — qué intención podría tener — el pájaro de mal agüero — este grave, horroroso, espantoso, — fantástico pájaro de antaño — con su graznido de "Nunca jamás"!

Así quedéme tratando de adivinar, — lo que en su mutismo cerrado, sin expresar — una sola sílaba más, dijera el pájaro, cuyos ojos de fuego — ya me quemaban hasta el corazón ; — esto y más, estuve meditando — con la cabeza cómodamente reclinada — sobre el muelle tapiz terciopelado — que la luz de la lámpara alumbraba ; — tapiz de terciopelo violáceo, — brillantemente iluminado, en que — *Ella* se reclinará, ¡ ay ! ¡ nunca jamás !

Imaginéme entonces que el ambiente se espesaba, — perfumado por oculto extraterrestre incensario — mecido por Serafines, cuyos pasos armoniosos — resonaban vagamente sobre el tapizado suelo. — " Desgraciado, exclamé, tu Dios te concede, — por estos ángeles que te envía, — tregua, tregua y olvido — á tus recuerdos de Leonor ! — Apura, ¡ oh ! apura este misericordioso nepenthe — y olvida tu perdida Leonor ! " — Dijo el cuervo, " ¡ Nunca jamás !

" ¡ Oh profeta, exclamé, cosa maligna ! — ¡ Profeta siempre, seas pájaro ó diablo ! — Seas enviado de Satanás ó arrojado por la Tempestad — sobre estas riberas, desolado pero siempre indómito, — sobre

estos encantados desiertos, — sobre este hogar por el Horror perseguido, — dime la verdad, te imploro — ¿hay, hay bálsamo en Gilead? — Dime ¡oh, dime, te lo imploro!" — Dijo el cuervo, "Nunca jamás!"

"Profeta, dije, cosa maldita — ¡profeta siempre, seas pájaro ó diablo! — Por aquel cielo que nos cubre — por ese Dios que ambos adoramos — dile á esta alma, de pesares agobiada, — si allá en el lejano Edén, — abrazará una santa doncella — á quién los ángeles llaman Leonor? — Si abrazará una sin par y radiante doncella — á quien los ángeles llaman Leonor?" — Dijo el cuervo, "Nunca jamás".

"Sea esa palabra tu señal de partida, — pájaro ó demonio, grité sobresaltado — vuélvete á la tempestad, — regresa á la ribera plutoniana de las tinieblas — no me dejes una sola pluma negra como testimonio — de esa blasfemia que has pronunciado! — Deja tranquila mi soledad! — Abandona el busto sobre mi puerta! — Saca tu pico de mi corazón! — Quita tu figura de mi puerta!" — Dijo el cuervo, "Nunca jamás".

Y el cuervo, sin inmutarse, — siempre se posa, siempre se posa — sobre el pálido busto de Minerva, — encima de la puerta de mi cuarto : — y sus ojos tienen el lúgubre aspecto — de los de un demonio que está cavilando, — y la luz de lámpara que triste le baña — arroja su larga sombra sobre el piso ; — y mi alma, de aquella fatídica sombra, — que vaga flotante sobre el negro umbral, — que vaga flotante sobre el negro piso, — ¿ se alzará algún día ? ¡ Oh ! ¡ Nunca jamás !

VICTOR HUGO

“TOUTE LA LIRE”

(FRAGMENTO)

Con las pruebas más duras, me probaste,
Señor. Mucho he sufrido. Me parezco
Á las míseras viudas que trabajan
Y sueñan por la noche, amargamente.
Nunca hice el mal, pero sufrí el castigo;
Mi obra es difícil y mi vida estéril.
Después de la fatiga he contemplado
Talando el enemigo mi cosecha.
Ví al odio, y á la injuria, y la mentira,
Entre sus dientes triturar mi nombre.
Tanto, tanto soñé! Mi pensamiento

Ha lacerado, sin piedad, la duda.
La ardiente envidia con letal ponzoña,
Aquí en mi corazón entristecido,
La sonrisa mató con la confianza.
Con los ojos vagando en tu horizonte,
Partir he visto, de mi hogar sombrío,
¡ Ay ! para siempre silenciosos féretros !
Lloré como hijo, como padre sufro,
Y tiemblo aún, por lo que alguno espera.
Mas yo no me lamento, y de rodillas
Te doy mi gratitud, Dios poderoso ;
A tí, que has puesto todos los dolores
Y todas las miserias confundiste
Sobre mi corazón, sobre mí mismo : —
Todo, menos amar sin ser amado !

2º

LEYENDA DE LOS SIGLOS

Yo vi la Muerte y la Vergüenza: unidas,
Á la luz del crepúsculo marchaban
En un horrible bosque. Estremecidas
Por el viento, las yerbas oscilaban.

Sobre un muerto caballo iba la Muerte,
Y la Vergüenza, en un corcel podrido.
Pájaros negros por el aire inerte
Cruzaban arrojando su graznido.

Y dijo la Vergüenza: — Soy la Dicha,
Ven. El oro, la púrpura, la seda,
El festín, los palacios, los bufones,
Las arcas entreabiertas donde rueda

El himno embriagador de los millones;
La triunfal pompa de las regias salas;
El jardín con sus árboles, sus fuentes;
Las mujeres corriendo con sus galas
De belleza y de luz resplandecientes;
La música vibrando sus clarines
De la gloria en el bronce resonante,
Todo te pertenece: goce, arrullo,
Hermosura, poder, cetro y orgullo;
Ven y sigue, partamos al instante.
Y respondí: — Mal huele tu caballo.

La Muerte dijo: — Es el Deber mi nombre,
Y voy hacia el sepulcro; entre el desmayo,
La angustia y el prodigio llevo al hombre.
— Detrás de tí, — ¿hay un sitio? le pregunto.

Y vueltos á la sombra en que aparece
Dios, emprendemos el camino al punto,
Mientras la vasta selva se ennegrece.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

EL OLVIDO

A Eugenio de Castro.

El alto promontorio corona un templo en ruinas,
Y, sobre el mismo espacio, la muerte ha confundido
Las Diosas y los Héroes. Sobre ellos han crecido
La solitaria yerba, y el musgo, y las espinas.

Algún boyero trepa las húmedas colinas,
Suspira el refrán triste de un canto envejecido,
Y erige su distante perfil ennegrecido
En la quietud que envuelve las márgenes marinas.

La Madre Tierra es dulce con los antiguos Dioses :
Nuevos acantos ciñen el capitel ya roto,
En cada primavera trae fugitivos goces :

Y el Hombre, indiferente de su pasado ignoto,
Escucha desde el fondo de las noches serenas
Al Mar que se lamenta llorando las Sirenas.

EL TREBBIA

A Cárlos Vega Belgrano.

Siniestra aurora esparce sus lívidos fulgores.
Despierta el campo. El río sus ondas rueda fiero,
Y bebe de Numidas el escuadrón ligero.
Se escucha el toque claro de los bocinadores.

Pues contrariando á todos, augures impostores,
Al desbordado Trebbia, y hasta Escipión Severo,
Sempronio, el nuevo Cónsul, audaz como altanero,
Ordena al punto mismo que marchen los lictores.

Con lúgubres reflejos el cielo enrojecían
Las aldeas Insubres que al horizonte ardían;
Oíanse lejanos berridos de elefante.

Y allá, de pié, adosado contra un arco del puente,
De las legiones que huyen, la marcha sordamente
Aníbal escuchaba, pensativo y triunfante.

DESPUÉS DE CANNAS

Ha perecido un Cónsul; otro á Linterne ha huido.
El Aufido desborda de muertos y despojos.
El bronce suda; el rayo que anuncia los enojos
Cae sobre el Capitolio, de un cielo enrojecido.

En vano el Gran Pontífice, ferviente, ha dirigido
Consultas al oráculo, postrado ante él de hinojos;
Y van la viuda, el huérfano, con lágrimas los ojos,
Cruzando á Roma en duelo, que el pánico ha invadido.

Y cada tarde acude la multitud ansiosa,
Plebe, esclavos, mujeres, la turba arambelosa,
Todo lo que vomita Suburra y la ergastulia,

Para mirar surgiendo del sol á los reflejos,
En los Sabinos montes dorados, á lo lejos,
Al Gefe en su elefante guerrero de Getulia.

FUGA DE CENTAUROS

Huyen, enloquecidos de muerte y rebelión,
Hacia el abrupto monte que oculta su morada;
El miedo les empuja; perciben la pisada
Y aspiran en la noche un olor de león.

Atraviesan, hollando la hydra, el estelión,
Abismos y torrentes, sin arredrarles nada;
Y sobre el cielo miran, de lejos, la elevada
Cresta de Ossa, de Olimpo y del negro Pelión.

De pronto, un fugitivo de la horda perseguida
Detiénese y escruta, con la cerviz erguida,
Para seguir huyendo con el rebaño errante;

Pues al volver los ojos miró la luna llena
Tras ellos proyectando, magnífica y serena,
De Herakles invencible la sombra amenazante.

EL CIDNUS

Bajo el azur triunfal, do brilla el sol radiante,
El triremo de plata por el Cidnus camina
Dejando entre perfumes, su estela cristalina,
Temblor de seda, y sones de flauta suspirante.

Un gavilán á proa se ve, donde arrogante
Cleopatra, erguida, fuera de su dosel se inclina,
Y parece en la espléndida tibia tarde opalina
Un ave de oro espiando su víctima distante.

Ved Tarso do la espera guerrero desarmado,
Y la bruna Lagida, en el aire encantado
Abre sus brazos de ámbar entre reflejos rosas;

Y no han visto sus ojos, presagio de su suerte,
Muy cerca, deshojando sobre la linfa rosas,
Los dos Niños divinos : el Deseo y la Muerte.

ANTONIO Y CLEOPATRA

Contemplan de la altura, los dos en la terraza,
A Egipto que adormece su cielo sofocante,
Y el Río, que entre el Delta, su linfa murmurante
Hacia Bubasta ó Saïs con pesadez rechaza.

Y siente Marco Antonio, debajo la coraza,
Cautivo héroe meciendo los sueños de un infante,
Cómo se oprime sobre su corazon triunfante
El cuerpo voluptuoso que en éxtasis abraza.

Su pálida cabeza de cabellos flexibles
Volviendo hacia el que embriagan perfumes invencibles,
Ella, su boca y claras pupilas altaneras

Tendió, y el Imperator, de su gentil tesoro
Ve en los rasgados ojos, que estrellan chispas de oro,
Toda una mar inmensa donde huyen las galeras.

ARTEMIS

Un acre olor de bosques surgiendo en todas partes,
Oh! Cazadora, en ondas ardientes envolvía
Tu castidad de virgen, tu indómita energía;
Y hacia la espalda echando tu cabellera, partes.

De los leopardos roncos los ásperos gruñidos
Se escuchan en la calma de las nocturnas horas,
Y quedan, en la senda que rápida devoras
Tus perros, sobre el rojo tapiz del bosque heridos.

Así te place, oh diosa, que la espina te hiera,
Que en tus gloriosos brazos las garras de la fiera,
Dejen los anchos surcos de su furor marcados:

Y gozas con la bárbara dulzura sin igual
De unir, en tus combates, la púrpura inmortal
Con la sangre que vierten los mónstruos degollados.

EL PRISIONERO

A Gerômè.

Abajo los muezines cesaron sus clamores,
El cielo de oro y púrpura se tiñe en el poniente;
Los cocodrilos buscan sus lechos en la fuente
Del río que adormece sus últimos rumores.

El jefe, en cruz las piernas, se mece en tentadores
Ensueños provocados por el haschisch de oriente,
Mientras con rudo esfuerzo surcando la corriente
Se encorvan en sus bancos dos negros remadores.

Feroz sobre la popa que estela el oleaje,
Raspando áspera guzla que destemplada suena,
Se inclina un rudo Arnauta de mirada salvaje;

Y entre la barca preso, sangrando en su cadena,
Un viejo Scheikh contempla, impávido y tranquilo,
Los altos minaretes que tiemblan en el Nilo.

PLUS ULTRA

El hombre ha conquistado la tierra de leones,
Y la de los venenos, y la de las serpientes,
É hirió de los Oceanos las encrespadas frentes
Con las audaces quillas de los viejos galeones.

Mas, lejos de las nieves y de los aquilones
De Ström, y los horrores de Spitzbergs inclementes,
Baña con tibias olas el Polo, islas sonrientes
Donde jamás flamearon marinos pabellones.

Partamos! Romper quiero la barrera de hielo;
Mi cuerpo alienta un alma cuyo ambicioso anhelo
No es el renombre fácil de las conquistas de oro :

Al último peñasco quiero llevar mi orgullo,
Y que un mar ignorado, magnífico, sonoro,
Soberbio me salude con glorioso murmullo.

EL ARRECIFE DE CORAL

El sol bajo las aguas del mar, como una aurora,
Alumbra la floresta de corales ramosos,
Que mezcla entre sus grutas y huecos misteriosos
La bestia formidable con la viviente flora.

Todo lo que las sales ó que el iodo colora,
Equinos, alga, anémonas y musgos temblorosos,
Cubre de obscura púrpura con dibujos suntuosos
El fondo que la pálida madrépora decora.

Con su espléndida escama, que visten de celajes
Purpúreos los reflejos, por entre los ramajes
Con lánguida indolencia navega un gran pescado;

De pronto, hace, en un golpe de su encendida espalda,
Por el cristal inmóvil, sombrío y azulado,
Correr un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

SULLY PRUDHOMME

EL VASO ROTO

Al vaso en que agoniza esta verbena
Un golpe de abanico estremeció;
Debió el golpe sutil rozarlo apena
Pues que ruido ninguno se escuchó.

Mas la leve invisible rasgadura
De una marcha continua, siempre igual,
Con su fina, constante mordedura
Lentamente rodeando fué el cristal.

El agua destiló gota por gota,
La savia de la flor se extingue ya,
Pero, la oculta herida nadie nota:
¡ El vaso no toqueis, que roto está!

Así la Mano que nos es querida,
Nos hiere, sin saberlo, el corazón :
Se agranda en él la misteriosa herida
Y sucumbe la flor de su pasión.

Intacto queda ante la faz del mundo
Sintiendo allá en su fondo — que no veis —
Dilatarse y gemir su mal profundo :
¡ El vaso roto está : no lo toqueis !

LAS ESTALACTITAS

Amo las grutas donde espesa noche
Alumbra el rayo de rojiza antorcha,
Y donde el eco se dilata, crece,
Y hace un gran ruido de una débil nota.

Como brillantes lágrimas de piedra
Vénse allí estalactitas en la bóveda,
Cuya humedad, en llanto silencioso,
Lentamente á mis pies cae gota á gota.

Paréceme que en medio á las tinieblas
Reina una paz solemne y dolorosa;
Y ante aquel llanto que el recinto habita,
Fúnebre llanto que sin tregua brota,

Me acuerdo de las almas afligidas
Donde antiguos amores aún reposan:
Las lágrimas están cristalizadas,
Pero algo queda allí que siempre llora.

ICI BAS

Aquí abajo, las lilas se marchitan,
La canción de los pájaros es breve !
Yo sueño en los estíos que perduran
Siempre...

Aquí abajo, los labios se aproximan
Sin que el roce fugaz la huella deje ;
Yo sueño con los besos que perduran
Siempre...

Aquí abajo, los hombres van llorando
Amistades y amores que perecen :
Yo sueño con idilios que perduran
Siempre...

HENRI DE REGNIER

Paris, 6 janvier 1897.

Monsieur Leopoldo Diaz.

Monsieur,

J'ai reçu vos deux livres et votre lettre; je me la suis fait traduire ainsi que quelques-uns de vos poèmes.

J'ai ainsi entrevu votre pensée et pressenti votre beau talent plastique et harmonieux. Merci de cette sympathie que vous voulez bien me témoigner et veuillez croire que la mienne est pour vous bien cordiale et reconnaissante.

HENRI DE REGNIER.

SONETOS

I

Largo tiempo había caminado, y cuando cayó la noche — sentí desfallecer mis sueños de la mañana; — tú no me has conducido hacia el Palacio lejano — cuyo encantamiento duerme en el fondo de la avenida, — bajo la luna que vela única y singular — sobre el adormecimiento de los jardines de otros tiempos — donde se erigen, con campanillas en los techos, — entre los meandros florecidos, pagodas y pajareras. — los bellos pájaros purpurados duermen suspendidos, — los pescados de oro sombrean el fondo de las piscinas, — y los juegos de agua besándose expiran en murmurios; — tu peso es un temblor de seda sobre los musgos, — y tú has tomado mis manos entre tus manos suaves — que conocen el secreto de las últimas ternuras..

II

Iremos á la Viña fecunda, inagotable,
Para beber á sorbos el vino del olvido ;
Como la tarde pálida la aurora se ha extinguido
Y el mundo viejo brinda promesa deleznable.

Iremos de la margen hacia el triunfal decoro
De estanques silenciosos y sitios somnolentes,
Donde á la mar callada bifurca sus corrientes
Mudo y solemne río sobre la arena de oro.

Tú, la falaz Viviente ! la de parlera boca,
Quisiste encadenarme entre la viña loca,
Mas yo rompí tu pérfido lazo de amor sutil;

Fuera del tuyo, oh Muerte, todo el amor es vano,
Á quien conoce el místico país, ténue y lejano
Donde á otro azur se yergue la torre de marfil

EMILE ZOLA

LO QUE YO QUIERO

¿Sabeis lo que yo quiero? En la ladera
Cuando mayo comience á sonreirnos,
Una cabaña que se esté mirando
En el espejo diáfano del río.

En el fondo, y oculto entre las hojas,
Donde llegar no pueda otro camino,
Junto del que hacen las palomas blancas,
Allí quisiera entretejer un nido.

Á lo lejos, tocando al horizonte,
Sobre una roca gris, bajo los pinos,
Escuchar las canciones que la brisa
Module por las tardes en mi nido.

Una cadena de profundos valles
Por donde crucen en revuelto giro,
Bajo el verde follaje los arroyos
Murmurantes, inquietos, cristalinos.

Donde inclinen al peso de las flores
Sus plateadas cabezas los olivos;
Donde las vides, como amantes locas,
Trepen saltando por agudos riscos.

¿ Sabeis lo que yo quiero ? es una senda
Fresca como la cuna de los niños,
Que convierta el umbral de mi cabaña
En umbral de risueño paraíso.

Una alfombra de musgo embalsamado,
Cubierta de alhucema y de tomillo,
Bajo las ramas de un rosal silvestre
Que sirva de dosel á mis dominios.

Después que así mi pueblo haya formado,
Lo que quiero también en mi retiro
Es ver flotar mis sueños de poeta
En las penumbras del follaje umbrío.

Pero lo que yo anhelo, sobre todo,
Y sin lo cual de mi poder abdico.
Lo que yo quiero en mi pequeño mundo
Es una reina de dorados rizos.

Reina de amor, con el acento dulce,
Pálida frente y ojos pensativos,
Y cuyos pies pequeños sobre el musgo,
Ni lo marchiten ni produzcan ruido.

GABRIEL D'ANNUNZIO

EL VERBO

Era casi el mediodía. Allá lejos—el rio sonreía como en los bellos años.—Aplacábanse del corazón los afanes—en aquel inmenso candor cristiano,—y entonces vi la orilla del Jordán,—y á Jesús resplandeciente en la roja penumbre—cual llama que se inclina, y á Juan—esparcir el agua sobre la cabeza sobrehumana.—Así caminando por la margen del río—sagrado (no sé qué muda bondad en el sol—aspiraba el mundo), el árbol y el arbusto—me eran fraternos. Y en tal suave fulgor—y en tal silencio oímos la palabra:—Es menester cumplir todo lo justo.

EL ENGAÑO

No, ya no sufro. Si vago taciturno,—por la tarde, cuando te sigo en tu camino,—(¡Oh, el terror del próximo nocturno—suplicio, en aquel gran lecho blanco!) créeme,—es porque es dulce al alma fatigada—esta tranquilidad deliciosa—(día y noche, un pensamiento me devora—el alma, sin reposo, sin reposo), —esta tranquilidad que me circunda—de un placer vago, casi inconsciente,—(Haced, Señora, haced que oculto quede—por siempre mi terrible secreto!)—Oh este grande abandono y este olvido—de todo, á tus plantas! Sé bendita.—(El alma blanca gozará el olvido,—jamás el olvido, jamás!) Sé bendita.

UN RECUERDO

Ella miraba fijamente el suelo.
En el hondo silencio los instantes
Abismos eran de dolor y duelo.
¡Oh, si por siempre juntos, anhelantes
Un imprevisto golpe nos hiriera!
Lentamente clavóme sus brillantes
Ojos. Aún miro su convulsa boca
Hablándome palabras, y evocando
Una rojiza llaga que, sangrando,
Parece que salpica á quien la toca.

LORENZO STECCHETTI

EL VADO

A Luis Berisso.

Tú que vienes de allá, Boloñesado,
Río del agua cristalina y quieta,
Humilde río de mi pueblo amado,
Por tí, sólo por tí, me hice poeta;
Entre el móvil juncal y el perfumado
Boscaje de tu orilla tan discreta,
En tu alegre ramaje florecido
Amor, por vez primera, he conocido.

Sobre la arena de oro luminosa
Con murmullo gentil el agua huía ;
Por do es más clara y menos peligrosa
Pasar al otro lado se quería.
Ella cantaba y la canción ruidosa

Allá, tras de los sauces se extinguía;
Ella era rubia, hermosa y yo la amaba,
Mas, tímido, decírselo no osaba.

Abrazados y juntos, como esposos,
En los férvidos ímpetus nupciales,
Marchábamos callados, por umbrosos
Caminos, bajo encinas colosales;
Y exhalaban su veste y olorosos
Cabellos, los perfumes virginales,
Los perfumes de carne inmaculada
Que lleva al corazón ruta ignorada.

Cuando al vado, por fin, nos acercamos,
Un pensamiento asiónos de improviso,
Y un instante, de pie, nos observamos
Con aire avergonzado é indeciso.
El sitio era desierto y nos miramos
Frente á frente; avanzar era preciso:
Con murmullo gentil el agua huía,
Y cruzar á otra margen se quería.

Dije súbito: Ven!—de audacia lleno,
¡Ven! mis brazos te lleven reclinada:
Ella dijo que sí, rió, y el sereno

Mirar, clavóle fijo en mi mirada.
El deleite, hasta el fondo de mi seno,
Sentí correr cual lámina acerada :
La lengua rebelóse á todo acento
Y palpitóme el corazón violento.

Cuando me hube en el musgo descalzado,
Mientras ella, á hurtadillas, me miraba,
Entré al agua, su cuerpo aprisionado
En mis brazos — y cómo la adoraba !
Así, por vez primera, me he estrechado
Sobre su corazón, que se agitaba
Lo mismo que una cándida paloma
Se estremece en la mano que la toma.

Oh ! lindos piesecitos bien calzados,
Por no mirar su rostro, os contemplaba,
Y por no ver sus ojos espantados
Donde el placer con el temor luchaba !
Bajo mis dedos juntos y crispados
La carne de su busto se plegaba,
Y el hálito gentil de su alegría,
Procaz y ardiente, el rostro me encendía.

Se acercaba á mi pecho, interrumpiendo

La marcha, con su risa delirante,
Y un bucle del cabello, apareciendo
Rozábame, de pronto, en el semblante.
Miré en su rostro centellear, huyendo,
El reflejo del agua, y al instante,
Sereno ya, no fuisteis contemplados,
Oh! lindos piesecitos bien calzados!

Al rostro la miré con osadía
Y sus ojos miré, con alma entera,
Su carne, junto á mí, se estremecía,
Y la marcha detuve en la ribera;
La mal cerrada veste, me ofrecía,
Los cándidos misterios que allí viera,
Después, vencióme amor.... caí de hinojos,
Besé su boca y entorné los ojos.

Luego, ¿qué sucedió? Bien lo ha escuchado
El agua cristalina, el agua quieta,
Y tú, lo sabes, de mi pueblo amado,
Río que pudo hacer de mí un poeta;
Lo saben tu juncal y el perfumado
Boscaje de tu orilla tan discreta,
Y tu alegre ramaje florecido
Do amor, por vez primera, he conocido.

PÓSTUMA

I

Oh pobres rimas que abandono al viento
De la risueña edad dulce memoria,
Rimas de ira, de placer, de gloria,
Rimas que condensais mi sufrimiento;

Volad, volad y conducid mi acento,
Que aprenda el mundo de mi amor la historia;
El mundo es vil, lo sé, pero su escoria
Nunca pudo manchar mi sentimiento.

Si por ventura halláis la amada mía,
Por quien la angustia de la muerte siento
Y á quien abrí mi corazón un día,

Contadla mi pasión y mi tormento,
Cuánto, cuánto la adoro todavía,
Oh! pobres rimas que abandono al viento.

LIV

En alta noche, solitaria y muda,
Alguna vez en tu balcón sentada,
Oirás en los espacios, desolada,
Un grito que se extingue y te saluda.

En tus rubios cabellos, gentil hada,
Pon esta flor: de mi existencia ruda
La horrible pena, la implacable duda,
Verás en su corola condensada.

La bañaron mis lágrimas, bien mio,
Que traducen mi amargo sufrimiento
Y creerás que son gotas de rocío.

Ni aquel grito será rumor del viento:
Seré yo que me muero y que te envío
Mi último beso y mi postrer lamento.

XVIII

Si ha sido mi pasión por tí burlada,
No quiero averiguarlo todavía,
Y si esconde tu seno, amada mía,
Un corazón de santa ó condenada.

¿Qué me importa saber si mi adorada,
En pos de una promesa me mentía?
¿Y entonces, por qué hacer anatomía,
De la radiante juventud pasada?

No indagaré si el vino que he apurado
Contuvo alguna droga forastera:
Tu vino era muy bueno y me ha gustado.

Yo no quiero saber si aún eres casta,
Nos amamos realmente una hora entera,
Fuimos felices casi un día, y basta.

MEDIOEVAL

A Cárlos Ortiz.

Profunda era la sombra
Y todo en el castillo enmudecía,
Mientras el rubio paje
Sólo con su pesar así gemía:

"Ay! mísero, en qué altura,
Mi esperanza y mi amor he colocado!
Amé del rey la hija
Y vivo en la prisión me han sepultado!

"Si una gota de llanto,
Le arrancó, á su dolor, mi cautiverio,
Este horrible sepulcro
No trocara, en verdad, por un imperio!"

Cuando una blanca imagen
Aparece de súbito en la puerta,
Y el joven tembloroso,
Demándale — "¿ Quién eres, pobre muerta ?"

"Muerta no soy — responde
La aparición gentil — mírame, toca !...
¿ Sabes? La escolta duerme:
Soy la hija del rey: besa mi boca!"

PÓSTUMA III

Fué una noche como ésta: ronco el viento
Sobre mi puerta se estrellaba en vano;
Larga como un lamento
Media noche escuchábase lejano,
Y en tanto que caía
La lluvia en gruesas gotas, tú partías.

Te alejabas por siempre—y yo en el lecho,
Con los dientes la colcha desgarraba:
Hervía entre mi pecho
El sollozo del llanto, y no lloraba.
Así me abandonaste
Y el beso de tu adiós no me brindaste!

Y desde aquella noche no he sabido
Lo que fué de tu suerte;-aún no sé nada.
Ignoro si has caído
En el baldón, y aguardarás, sentada
Al umbral de la puerta
Tu beso á quien vender; quizá eres muerta.

Quizá—y el suponerlo me atormenta—
Tú ya no rememoras el pasado,
Y gozando contenta
La casta paz de un tálamo sagrado,
Besas con labio pio
Los frutos de un amor que no es el mio.

Confié en el tiempo que del hombre acierta
El dolor á curar en plazo breve,
Por eso te hice muerta,
Ya que olvidarse de un extinto es leve,
Y dije al alma herida
Y á mi doliente corazón: olvida!

En vano. El corazón dilacerado,
Desde esta triste noche, va conmigo.
Por mi dolor cercado
Odio la tierra, y hasta el sol maldigo,

Y maldigo la vida:
Nada espero después de tu partida !

Y alejada por siempre !...Mas si siento
La lluvia resbalar en gruesas gotas,
Y á media noche el viento,
Como gritos, lanzar lúgubres notas,
La cabeza levanto
Y escucho de la noche el hondo canto.

Y en mis insomnios, tu gentil figura
Como blanca visión llena mi mente:
Suspende su tortura
El gusano roedor que lentamente
Devora mi existencia,
Y aun te creo esperar con impaciencia.

La memoria olvidar puede pasado,
Pero la carne, no!... Nunca borrara
Los besos que me has dado,
Los misterios de amor que te enseñara,
Mis noches más hermosas
Y tus dulces caricias voluptuosas !...

Ay! pero á mi sopor arrebatado
De nuevo la verdad miro espantosa!
Loco y desesperado
Los brazos tiendo en noche silenciosa,
Y en solitario lecho
Gimo, y el llanto anúdase en mi pecho!

Llorar no puedo... Á Dios he maldecido,
Si no es, como el amor, una quimera;
Á Dios que ha permitido
Que el corazón su llanto detuviera,
Á Dios que te ha alejado,
Y el llanto y tu sonrisa me ha negado!

Oh! si la muerte derramar me hiciese
Una lágrima sola y un momento
De tu placer me diese,
Que sobre mí recaiga el juramento,
Si la cara afligida
No lloraba, frenética al suicida!

GUERRA JUNQUEIRO

RUINAS

A Miguel Escalada.

Era una noche tenebrosa, obscura,
De esas noches de horror que Dios mandaba
Sobre la vil generación esclava
De un siglo, por sus crímenes, maldito.
La gran ciudad, la meretriz impura,
Reposaba en su lecho de granito,
El lecho colosal de mil orgías.
De los vientos la música sonora
Retumbaba tremenda, como otrora
La férrea voz del lívido Isaías.

Era la hora en que sueños pavorosos,
Como fetos monstruosos,
Habitan las nocturnas
Soledades funestas.
En que gimen las almas doloridas
Cual fantásticas vírgenes, perdidas
En umbrosas florestas.
Hora fatal en que germina y crece
La cicuta del mal, y que aparece
En las del corazón mustias colinas;
En que malditas hierbas venenosas
Se extienden silenciosas
Sobre la verde lepra de las ruinas.
Con silencio profundo en los hospicios
Abríanse las flores de los vicios,
Plegábanse las flores de los llantos;
Y el enfermo, á través de su agonía,
Miraba con horrenda fantasía
La nocturna legión de los espantos.

En las plazas desiertas
Miles de luces trémulas, inciertas,
Oscilaban con brillo sepulcral;
Creyérase, en las calles solitarias,
Ver cruzar procesiones funerarias

Para aplacar las cóleras del mal.
Mas de aquella mudez en el arcano
Había un sordo fermentar de oceano,
Una vaga inquietud, torva y extraña :
Era el asombro y el temblor latente
De Mesalina lúbrica que siente
La agitación del crimen en su entraña.
Entre el hondo silencio tumular,
Cual roja hornalla ardiente,
Erguíase febril. resplandeciente,
El vasto lupanar.
Enfrente del burdel habia un templo
Triste como el desierto,
Grande como un ejemplo.
El vetusto portal estaba abierto.
Dentro, silencio inerme ;
Silencio pensativo y formidable,
Como un asceta lívido que duerme.
En torno, obscuridad espesa y vasta ;
Y al fondo un Cristo pálido, inefable,
De una tristeza luminosa y casta.
Sobre las piedras húmedas, impuras,
Negras cajas mortuorias,
Cerradas sepulturas.
En la sombra agitábanse sudarios,

Flotaba en torno, y en el aire ledo,
Un no sé qué de trágico y sombrío...
Los ojos tenían miedo,
Las almas tenían frío.
Y en la profunda bóveda imponente
Amortiguada, triste, adormecida,
Oscilaba una lámpara doliente
Cual lágrima de sangre suspendida.

EL POETA *(arrodillándose ante un altar)*

Oh! el inmortal espíritu!
Oh! la inmortal miseria!
Y pensar que un puñado de materia
Crapulosa y gentil,
Puede con sólo un beso, entre sus brazos
Los resortes de acero hacer pedazos,
De un corazón viril!
Oh! el inmortal espíritu!
Oh! la inmortal miseria!

. . . .

Con cosas transparentes, fabulosas,
Con oro y luz y pedrería y flores,
Levanté sobre nubes caprichosas

Un palacio de olímpicos amores.
Tuvo grandes ventanas enrejadas,
Por do entraron los vivos resplandores
De alegres alboradas:
Tuvo aéreos, flotantes miradores
Do las almas serenas, impecables,
Como banda de alondras inefables,
Bebieron en la azul inmensidad;
Tuvo vastas penumbras pensativas,
Torres maravillosas, fugitivas,
Cual la noción febril de libertad...

. . . .

Todo, á su paso, derribólo el viento.
Son así los castillos ideales
Que edifica en la luz el pensamiento!
Y sobre las tristísimas ruinas
De aquellas altas torres cristalinas
Despeñadas al soplo del nordeste,
Latió mi corazón estremecido
Como si hubiera sobre mí caído
La inmensurable bóveda celeste.

. . . .

¡Oh Jesucristo, oh sabio!
Para irte al paraíso
Mataste la sonrisa, flor del labio,

Mataste, con el beso, todo hechizo ;
            En girones, tu manto,
            Piadoso dividiste,
Y los divinos ojos convertiste
            En raudales de llanto.
Si es verdad, redentor del desdichado,
Si tu mano, que es luz y es esperanza,
Curar sabe las lepras del pecado,
Arráncame del alma este cariño
Como se arranca el hierro de una lanza
            Del pecho de un soldado.

. . . .

Pero, ¿de qué me sirves, flor celeste,
De qué me sirves, dí, si no has sabido
            Qué es el amor brutal ?
Si sobre el labio reprimido y triste
            Nunca en vida sentiste
Tibio roce de un beso acre y sensual !

(Se levanta)

Un Dios cadáver, un cadáver frío !
De qué nos sirve un Dios yerto y sombrío,
Con labios mudos y mirar sin luz ?
Cómo puede amparar los desgraciados,

Si están sus brazos lívidos clavados
Entre los de una cruz !

(*Siéntase sobre un ataúd. Silencio prolongado. Continúa*)

El escalpelo agudo del ávida experiencia,
De la razón la lanza, inquebrantable y fría,
Pasó de lado á lado tus ojos, Providencia :
La bóveda celeste ya es órbita vacía.
La crítica insensata de antigua decadencia
Divinidad te niega, pobre hijo de María.
La fe nos abandona. Tan sólo la conciencia
Respeta, simplemente tus leyes, geometría.

El tiempo, el gran gusano, rompió la escala hermosa
Por donde el visionario en noche esplendorosa
Vió descender los ángeles de la sublime esfera.

Allá sobre su lecho del amplio azul tendido,
Hace ya mucho tiempo, lanzó el postrer gemido
El Dios omnipotente — esa ideal quimera.

. . . .

Llevamos en nosotros inmundos animales :
Palomas de lujuria y elásticas panteras,
Vampiros y reptiles y sueños y chacales,
Brillantes como rayos de sol en las praderas.

El sabio varonil de instintos ideales,
Para expulsar del cráneo las lívidas quimeras,
Para cortar del vicio las garras sensüales,
Necesitara ser un domador de fieras.

Del mal en la floresta, y en nuestros corazones
Hoy tigres y reptiles y sapos y leones,
Más que astros inmortales en el azul profundo.

El héroe intransigente, inquebrantable y recto,
Que dominar consiga su corazón abyecto
Será como Jesús, dominador del mundo.

LA MUERTE DE DON JUAN

A Carlos Baires.

"Y en la cumbre de altísima montaña
Ví levantarse una mujer extraña,
Con gestos varoniles y alma estóica:
En sus labios sonrisa deslumbrante,
Desnudo el pecho y fúlgido el semblante
Con el fulgor de una tristeza heróica.

Por sus formas olímpicas, altivas,
Recordaba las razas primitivas,
Las hijas de Titán, que en las cavernas,
Al sepultarse el sol en occidente
Con sus ánforas iban dulcemente
El agua á recoger en las cisternas.

Mostraba la serena valentía
Hecha de heroicidad y de armonía,
Esa paz de los grandes corazones,
Varoniles, intrépidos y suaves,
Que eran á un tiempo alegres cual las aves,
Fuertes como leones.

Y díjome:
"Poeta; ¿Nunca viste
Desde el picacho de la sierra triste
Donde el águila duerme, la avalancha
Del ronco vendabal?
Si descendiendo
Marcha el turbión, colérico, tremendo,
Desgarrando va el monte y la materia,
Y se hincha y crece la monstruosa arteria,
Y todo despedaza en su pasaje,
La floresta y el búfalo salvaje,
La choza del pastor. Terribles coros
Se oye mugir de estrangulados toros;
Y creciendo, aumentando, hecho oceano,
Con su sordo gemir, sordo y lejano,
El agua, que fué mar, tórnase lago,
Y el cielo inunda una alegría extraña.

Un torrente es la Idea; una montaña,
Es la Historia.
Torrente de verdades
Que arrasa los imperios, las ciudades,
Religiones, creencias, monumentos,
Con rapidez eléctrica de vientos.
Negro fantasma, grita en vano: ¡ Pára !
Y le arroja la púrpura, la tiara,
Y el cetro, en su camino. Todo en vano
La Idea, que conduce en sus entrañas
La eterna luz, aplasta los reptiles,
Búrlase de los torpes exorcismos,
Como un león atraviesa las marañas,
Ó traspone, de un salto, los abismos,
Y un surco deja en pos relampagueante.

Cuando encuentra un chacal, sigue adelante:
La libertad su marcha no detiene,
Que no existe poder, cárcel, barrera,
Ni tradición, ni viejos pretorianos,
Que detener consiga la carrera
De una Idea que cae de seis mil años.

La Justicia yo soy, la musa austera
Que Junto á Dios, la eterna primavera

Habita de los astros y los soles.
La Virgen madre soy, virgen triunfante,
Y Hércules, Prometéo, Cristo, Dante,
Bebieron en mi pecho inspiraciones."

LA ESCENA DEL BALCON

FRAGMENTO DEL POEMA "A MORTE DE DOM JOAO"

Al doctor F. M. Gómez.

Era una noche límpida de Agosto,
Iba el azul del cielo desmayando;
La luna su albo rostro macilento
Mostraba en el confín del horizonte,
Donde toda la noche anduvo errando
Con eterno, incansable movimiento,
Lo mismo que una triste enamorada,
Á quien dejan, en horas de tormento,
Los insomnios, la faz desencajada...
Porque quien tiene amores,
Sólo descansa al despuntar el sol,

Cuandro entreabren sus pétalos las flores
Y empieza á sollozar el ruiseñor...
Llena de ardores la inspirada mente
Con dulce acento y emoción secreta,
Bajo el balcón de la lasciva Imperia,
Alzando al cielo la orgullosa frente,
Así cantaba el pálido poeta:

"Ven, querida, levántate del lecho!
No tardará en brillar la luz del día;
Ya siento aquí en el fondo de mi pecho
Sonar una vibrante melodía!...
Huyó la sombra espesa;
Levántate mi diosa!
Ven á posar en mi hombro tu cabeza
Llena de sueños de color de rosa...
Ese nido de luz y aromas lleno
Abandona; y con lánguido reposo,
Dormita, como un niño, aquí en mi seno!...
Ven, paloma feliz del arca santa!
Quiero tener contigo un sueño hermoso,
De mágicos, de locos embelesos...
Quiero ceñir esa real garganta
Con un collar olímpico de besos...

. . . .

Abandona del sueño los umbrales;
Embebamos los pechos luminosos
En los frescos perfumes vigorosos,
Sinceros, cristalinos, matinales!
Ven, mi amor!... Presurosa la mañana
Posó sus pies de rosa en la montaña;
Los vientos acarician la pradera;
Va por el mundo una alegría extraña...
¡Oh! luz de las auroras indecisas!
Momento misterioso y sacrosanto,
Dulce como las tímidas sonrisas
Que lucen entre lágrimas de llanto!
Hora feliz de sueños virginales!
Tan casta como el íntimo secreto
Que con labio inocente nos murmuras!
Rie la luz entre las verdes hojas
Con la risa infantil de cien criaturas;
Van las blancas palomas en bandada
Por los amplios espacios majestuosos;
Y la estrella del alba desmayada,
Brilla como una perla abandonada
En el fondo de lagos silenciosos.

Imperia (asomándose al balcón)

Todo ruiseñor descansa
Apenas despunta el sol;
Vamos! cállate y avanza
Ruiseñor!

El Poeta

Soy más pobre que los pobres,
Mas vengo á darte un presente;
Quiero ver si lo adivinas,
¿Que será?

Imperia

¿Probablemente
Robaste los astros de oro,
Y la luna y el tesoro
De rica noche oriental?
¿Vienes, con ojos profundos,
A darme plan de los mundos
Metido en un madrigal?

El poeta

No te rias maliciosa!
Apenas me hube despierto,
Quise traerte una rosa...

Impeiia

Cogida en mi propio huerto...

El poeta

Cómo te engañas! la flor
Quiero dártela, princesa,
Es un milagro de amor.
Criela con tal pureza,
Tales mimos, tal frescura,
Que no hay ningún jardinero
Que tenga en su invernadero
Cosa tan rara y tan pura.
Reguela dias y dias
Con mi llanto...

Imperia

Qué diluvio!

El poeta

No te burles, no te rias!
Entre tanta flor que ves.
¿Cuál es la flor más hermosa?
¿Es la camelia?

Imperia

Tal vez...
Esa blanca silenciosa.

El poeta

Llega tarde y muere en breve...

Imperia

Sin calor, luz ni rocío...

El poeta

Es cual sonrisa de nieve...

Imperia

Sonrisa del labio mío!...

El poeta

La encontré fría y marchita
Una mañana de Enero...

Imperia

Tiene el aire lastimero
De un alma que no palpita;
Fresca ayer y helada hoy...

El poeta

Es como beso de mármol.

Imperia

Como los besos que doy.

El poeta

Aromas jamás exhala...

Imperia

Es muda! perdió la voz.

El poeta

Es el sol obscurecido...
Es un ruiseñor sin nido...
Un nido sin ruiseñor...
Un ruiseñor sin amores...

Imperia

Será todo lo que quieras,
Mas, dejemos las praderas
Porque no es tiempo de flores.

El poeta

Pues te equivocas, mi amante.

Imperia

Una camelia en Agosto
Es cosa que nunca ví.

El poeta

Vas á verla en este instante.

Imperia

No creo.

El poeta (arrojándole una camelia)

Pues hela aquí.

Imperia (recogiendo la flor con alegría casi infantil)

Ah! qué bella semejanza!
Está bien que en este día
Tenga un rayo de alegría...

El poeta

Y yo, un rayo de esperanza...

Imperia (sin oirle)

Eres mi flor predilecta!
Creí que me enloquecía
Al verte... Mi corazón
Bañó un rayo de poesía,
De esos cantos perfumados,
De esos placeres que sólo
Tienen...

El poeta

Los enamorados...

Imperia (con ironía)

Pero me das pena, ¡ Oh flor !
¡Por qué Dios no te dió espinas
Contra el bárbaro inclemente
Que te cortó únicamente
Por un capricho...

El poeta

De amor!

Imperia

La cercaste de cuidados
Gastando tu vida en ella
¿Para qué? para mirarla...

El poeta

Como si fuese una estrella
Prendida entre tus cabellos.

Imperia (examinando la flor con sonrisa irónica)

Infeliz! mas en verdad
Es tan lozana y serena,
Delicada cual ninguna
Que casi me dan deseos,
(Deshojando la camelia)
De mirar una por una
Todas sus hojas... qué pena!

(recogiendo un pétalo)
¿Dónde hay rostro de mujer,
Por más suave y por más pura,
Por más mimosa que sea,
Que tenga tanta frescura
Como este pétalo?
Vea..
(Continúa deshojando la camelia.)
Y diga mi enamorado,
Si ha visto cosa más linda,
Ó nada más delicado!...
Y habiendo tales primores,
Cómo existen todavía
Quienes pierden la cabeza
Corriendo en busca de amor?
(Dejando caer la flor deshojada)
Es mejor amar las flores...

El poeta

Por eso os amo, condesa.

Imperia

Nadie entiende ¡cosa triste!
Los suspiros de Julieta...

El poeta

Pero aún el amor existe,
Porque hay Romeos...

Imperia

De luneta...
Pliega tus brillantes alas...
Huye de mí, de mis galas,
Huye de mí, trovador!
No vuelvas. Mi sombra evita!
Soy una planta maldita:
Manzanillo del amor!

El poeta

Yo quiero, lirio celeste,
Dormir cual hoja sin sueño.

Imperia

Vé á dormir, si tienes sueño,
Donde nadie te moleste.

El poeta

Los venenos fulminantes
De tus ojos centellantes
Aspiraré en tus hechizos,
Y después de haber bebido,
Me quedaré adormecido
Á la sombra de tus rizos!

Imperia

En ese caso, mi amigo,
Á que vengas hoy te obligo
Que estaré sola... Anda en paz...
Despierta la luz del día,
Y una mágica armonía
Saluda la nueva aurora.
Finalmente, quiero amarte;
Ven de noche... Shakespeare
Te ordena á partir ahora;
Por quien eres, mi bien, parte!
Despunta la madrugada:
Quiero ser enamorada
(Cerrando las celosías)
Según las reglas del arte.

ÍNDICE

LECONTE DE LISLE

EDGARD ALLAN POE

VICTOR HUGO

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

SULLY PRUDHOMME

HENRI DE REGNIER

EMILE ZOLA

GABRIEL D'ANNUNZIO

LORENZO STECCHETTI

GUERRA JUNQUEIRO




L
M

